

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 297

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 31 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



SUMARIO DE ESTE NUMERO:

REDACCION: Un año más—La vuelta de Irigoyen—LUIS FABBRI: Ideas—MAX NETTLAU: Consideraciones sobre la organización y sus límites—Espigando—RUDOLF ROCKER: Los seis caminos—PAUL GIRARDIN Y JEAN BRUNNES: Concepciones sociales y geográficas. La vida y la obra de Elíseo Reclus (1830-1905)—E. MALATESTA: La Internacional en Italia—ANSELMO LORENZO: El derecho a la Evolución—BIBLIOGRAFIA—Sumario de los trabajos publicados en 1928

UN AÑO MAS

Terminamos con este número el séptimo año de la vida de esta publicación. Hoy podemos echar una mirada a ese largo trayecto y constatar que hemos quedado fieles a nuestro propósito: crear un órgano de cultura anarquista que dijese algo a sus lectores y se mantuviese en contacto continuo con el pensamiento libertario internacional.

Poco o mucho esta Revista llega a todos los países de Europa y de América; tiene lectores que no la abandonan, coleccionistas entusiastas, amigos que saben apreciar el esfuerzo que realizamos. Sin embargo, no estamos satisfechos: no estamos satisfechos de la propia obra ni de los frutos obtenidos. Comprendemos cada vez más lo mucho que queda por hacer y nos damos cuenta de la exigüidad de las fuerzas que posee el movimiento libertario en el terreno de las ideas. Al cerrar el séptimo año de existencia, no nos embarga el optimismo de otros tiempos; nos hemos vuelto algo escépticos, resultado tal vez de esos desalientos pasajeros que invaden de tanto en tanto al más entusiasta. El mundo sigue como hace siete años, bajo la férula del autoritarismo más feroz; el proletariado está aun adormecido por los cantos de sirena de las dictaduras o por la castración legalitaria. Y el anarquismo persiste en sus desmenzamientos internos, en sus odios furibundos de capilla a capilla. ¿Dónde buscar un rayo de luz? Habitados a vivir en el bullicio de un movimiento internacional variado, pero unitario a la vez, nos desconsuela comprobar los pocos esfuerzos serios, más bien individuales que colectivos, que se hacen hoy en favor de nuestras ideas. Y una sensación de cansancio se apodera de nosotros. Esta sensación ha de pasar, naturalmente, pero no hemos querido dejarla inexpresada; los amigos deben saber cuál es nuestro estado de espíritu al llegar a la meta del séptimo año, de estos 297 números del SUPLEMENTO, que hemos llevado en alto como una antorcha, sin preocuparnos de las fatigas ni pararnos a meditar en los inevitables disgustos de una dura brega.

Digamos también que, en realidad, sin el ejemplo de algunos de nuestros colaboradores, conocedores como nadie del momento que vivimos, pero creyentes en la eficacia de un esfuerzo inteligente y tenaz, posiblemente no habríamos podido sostenernos. Sólo los hombres realmente superiores pueden trabajar sin estímulos del ambiente que les rodea y nosotros no pertenecemos a esa categoría. Por eso el ambiente deprimido nos deprime también tarde o temprano. Es una debilidad cuya superación esperamos de una mayor cooperación, en lo sucesivo, de nuestros amigos y compañeros. Necesitamos sentir más intensamente el contacto de los codos; esta revista no vive del aire ni material ni intelectualmente. Su tiraje no es lo suficiente amplio como para sostenerse y desarrollarse; quisiéramos enriquecerla más, darle más variedad dentro de su programa cultural libertario. Todo eso no es posible más que si aumenta su tiraje. Así, pues, los compañeros que estén dispuestos a seguir ayudándonos, los que quieran contribuir al mejoramiento de la Revista, que pongan de su parte lo que les sea posible para elevar en 2.000 la suma de sus lectores. ¿No es posible que cada viejo amigo de esta publicación busque entre sus relaciones un nuevo suscriptor? Ese sería un esfuerzo individual pequeño, pero sumado daría justamente lo que necesitamos para ensanchar el radio de acción cultural que entrevemos pero que en las actuales condiciones no es posible tocar.

Y ahora deseamos a todos los camaradas un feliz Año Nuevo y expresamos el deseo ardiente de que con el nuevo año se renueven también un poco los espíritus. Hay mucho que hacer y somos muy pocos en la obra.

La vuelta de Irigoyen

Durante muchos años hemos sido vecinos de una momia ilustre, de una momia viviente que ha oficiado de mascarón de proa de una banda de aventureros políticos y llegó a la más alta magistratura de la nación en un momento de locura colectiva. Ahora mudó de casa, pero no mudó de mañas. El Irigoyen de 1928 es el mismo Irigoyen de 1916-22. En aquella época le cupo el triste honor de distinguirse de entre todos sus antecesores por la despreocupación amoral con que ordenaba asesinar en masa a los trabajadores. Hubo en la historia proletaria argentina épocas luctuosas, como la era falconiana; pero Falcón era un angelito en comparación con Irigoyen y sus acólitos. La masacre más espantosa del coronel Falcón no costó más que 8 muertos y 105 heridos. En cambio la semana de enero de 1919 costó un millar de muertos y varios millares de heridos, y la Patagonia fué sembrada de cadáveres, que todavía hoy, ocho años después, muestran sus huesos descarnados de tanto en tanto, como perenne acusación histórica contra los culpables, y las ganancias de "La Forestal" fueron amasadas con centenares de pobres trabajadores baleados por el ejército enviado a esa compañía extranjera por Irigoyen, el celoso guardián de las arcas de caudales de los ricos.

El jefe del partido radical, aunque no sea más que como mascarón de proa, no tiene oídos más que para las grandes empresas capitalistas que operan en el país. Por una aberración del entendimiento, hubo ciertos gremios obreros que pusieron su fe en él, y por una ambición traidora, hay todavía quienes se prestan a ser sus agentes en las filas proletarias. Pero recordemos que una simple campaña de prensa en 1920, sostenida y subvencionada por los ganaderos del sur, ha motivado el envío de la trágica expedición punitiva del teniente coronel Varela a la Patagonia.

Otra campaña de prensa, la realizada a inspiración de los capitalistas que operan en la provincia de Santa Fe, dió margen a la invasión militar de esa zona. El argumento que se esgrimía era el de la impotencia del gobierno provincial para reprimir los movimientos obre-

ros que se producían en ese territorio. Nosotros nos hemos sentido alarmados y hemos juzgado de nuestro deber dar a todos la voz de alarma. En la provincia de Santa Fe hubo algunos conflictos, no lo dudamos, pero son los acontecimientos corrientes y vulgares de todos los años en la época de la cosecha. Vimos que estaba preparado por la prensa servil el terreno para una gran masacre proletaria, y el envío de tropas del ejército a la provincia puesta en el índice, nos hizo prever cualquier barbaridad. Junto con nosotros reaccionaron otros elementos, incluso del campo puramente político y parece que por esta vez no se reeditará la hecatombe de Santa Cruz. Pero las intenciones eran bien claras y el estado de alarma permanente no debe cesar un solo instante mientras Irigoyen esté en el poder.

Decimos Irigoyen como podemos decir camarilla irigoyenista; la camarilla irigoyenista la forman unas cuantas comadres de la política, agentes directos del alto capitalismo, algún jesuita que oficia de Rasputin y que tiene sobre Irigoyen una influencia decisiva y otros personajes de la banda de salteadores de puestos públicos que no conocen más moral que la de arrastrarse como los lacayos a lamer las suelas de los zapatos de la momia. Irigoyen no tiene más fuente de información que la de sus íntimos, y sus íntimos constituyen una escala variada de la zoología política, desde un Scarlatto al fraile de marras cuyo nombre no recordamos, pasando por la gama de provocadores y charlatanes parlamentarios que cualquier observador puede señalar con el dedo. No sabemos si Irigoyen es algo más que la momia viviente a que nos referimos; no sabemos si es Maese Pedro o si es títere. Lo cierto es esto: que el actual partido de gobierno se opuso a la dictadura en puertas del general Justo porque quería imponer la propia dictadura. Por lo demás, la completa subordinación del irigoyenismo a los intereses del capitalismo nacional y extranjero que opera en este suelo, es cosa que nadie pone en duda.

Nosotros hemos dicho eso con motivo de las propuestas masacres obreras en la provincia de

LUIS FABBRI

IDEAS

LOS ANARQUISTAS Y LA VIOLENCIA

Para juzgar bien las ideas que tienen los anarquistas sobre la violencia, y también para valorizar exactamente los actos de violencia cometidos por anarquistas con un objetivo anarquista, es preciso conocer sus ideas y colocarse en el punto de vista de éstas, y al mismo tiempo no confundir los actos de violencia que tienen realmente un móvil político-social determinado y voluntario, con los que tienen un móvil personal de interés egoísta o bien que surgen inconscientemente de causas generales sociales y de ambiente.

Por otra parte, hay que recordar que la violencia individual o colectiva como coeficiente revolucionario no es característica especial del anarquismo. Lo que la caracteriza y distingue es el objetivo, y sobre todo esto: que mientras todos los partidos no anarquistas se han servido o tienen intención de servirse de la violencia no sólo para vencer y destronar al partido dominante, pero también para ocupar su puesto, y por tanto continuar usando la violencia como dominadores, perpetuando su uso, el partido anarquista quiere servirse de ella sólo para un objetivo de liberación, para derribar el poder existente y hacer inútil e imposible todo poder futuro: es decir, para eliminar toda razón de violencia, hacer superfluo su uso y poner fin a todas las violencias.

La violencia revolucionaria, individual y colectiva, ha sido legitimada a través de la historia de todos los

Santa Fe, y lo que hemos dicho no le gustó al comadrero que rodea a Irigoyen, el cual hizo que se detuviera dos veces al compañero López Arango y una a Aladino, de la redacción del diario. No obstante esas triquiñuelas, el diario no ha dejado de salir un solo día.

Los procedimientos policiales irigoyenistas puestos en práctica este mes, nos dan la medida cabal de lo que hemos de experimentar en los años de reinado de este régimen si el proletariado no se dispone a poner un freno a la arbitrariedad dictatorial de la Casa Rosada. La vuelta de Irigoyen será la vuelta de todo el cortejo de derramamientos de sangre, de mordaza policial, de prisiones y persecuciones que hemos vivido después de la guerra. ¿No sería posible suscitar un movimiento de resistencia al régimen brutal de gobierno que nos espera?

partidos y por hombres de todas las ideas. Aquellos mismos que hoy la condenan porque están en el poder o próximos a conquistar el poder, la han admitido y justificado en el pasado. No hablemos de la insurrección verdadera y propia; todos o casi todos los Estados modernos deben su origen a las revoluciones, que no fueron sino una serie de insurrecciones violentas contra los poderes constituidos. La declaración de los derechos del hombre en 1793 contenía un artículo según el cual la insurrección contra un gobierno tiránico es de parte del pueblo el primer deber y el primer derecho. Así ocurre con la violencia insurreccional individual, con los atentados contra los soberanos considerados tiranos y de cualquier modo obstáculos para las reivindicaciones populares: desde Cicerón a Giuseppe Mazzini, hay toda una literatura al respecto que sería muy interesante examinar, y no faltan en ella escritores de las ideas más opuestas, incluso los católicos con Tomás de Aquino a la cabeza, incluso los mismos conservadores monárquicos italianos.

Saverio Merlino, defendiendo a Gaetano Bresci ante la Corte d'Assise de Milán, recordaba que Brofferio en pleno Parlamento Subalpino en 1858 defendía a Felice Orsini, que había atentado contra la vida de Napoleón III, en medio de la aprobación de gran parte de la Cámara; y en la misma asamblea nacional italiana, más tarde, cuando fueron decapitados en Roma, Monti y Tognetti (que habían intentado hacer saltar por el aire con una mina un cuartel pontificio), se oyó la declaración que la Cámara debía recoger en su seno las cabezas de los ajusticiados.

Tenemos a los socialistas, es verdad, que a menudo, como un ritornello, repiten la vanagloria de que el único partido que ha repudiado la violencia individual es el suyo, y que ese partido es el único que no ha contado nunca en sus filas con autores de atentados individuales. Que hoy la mayor parte de los socialistas descalifican los actos de violencia individuales es verdad, especialmente por lo que se refiere a los socialistas de la Europa occidental. Pero es verdad solamente para una fracción del gran partido socialista, la fracción legalitaria. Pues no hay que olvidar que los anarquistas propiamente dichos no son otra cosa que una corriente del movimiento socialista; y desde un alto punto de vista histórico, los atentados anarquistas se encuadran perfectamente en el vasto movimiento socialista. Enrico Ferri y Felpe Turati ¿no convenían, aunque incidentalmente y con todas las declaraciones adversas posibles, que la muerte del rey Humberto fué en 1900 una determinante notable del cambio de orientación de la política italiana, de donde nació una nueva era para el movimiento obrero y socialista italiano?

Que esa nueva orientación haya dado resultados más útiles al reformismo que a la revolución, es

también verdad; pero el hecho histórico queda en pie y nadie puede borrarlo.

Pero ¿es además verdad que en el campo socialista, aun en el no anarquista, la aversión a la violencia revolucionaria, la individual incluso, es tan unánime? Sin remontarnos a los socialistas de la Internacional, que sin distinción de fracciones tenían ideas totalmente diversas de la mayor parte de los socialistas actuales, bastará pensar en todo el movimiento socialista revolucionario ruso, en donde el terrorismo tuvo una parte tan grande, para persuadirnos de lo contrario. ¿Se querrá negar que gran parte, la mayoría de los terroristas rusos, desde Vera Sassulich en adelante, fuesen y sean socialistas? ¿Y los mismos socialistas occidentales no los han aplaudido y exaltado? Sin hablar de Hoedel, que atentó contra la vida del emperador de Alemania, y era un socialista, quisiera poner bajo los ojos de los lectores fragmentos de periódicos socialistas, especialmente franceses, que más a menudo y en más ocasiones han expresado sentimientos de simpatía y de aprobación de actos de violencia y atentados. ¿Quién no recuerda ciertos artículos del *Petit Sou* y de la *Petite République* de París al día siguiente de los atentados de Angiolillo y de Gaetano Bresci? ¿No es un socialista, incluso uno de los jefes del socialismo internacional, F. Adler, el que mató a tiros de revólver en 1918 al ministro de la guerra austriaco? Y el diputado socialista reformista Zaniboni ¿no trató en 1926 de atentar contra la vida de Mussolini en Roma?

Por lo demás, no podría ser diversamente. Si la mayoría de los socialistas de la Europa occidental es legalitaria, hay también una fuerte minoría de ellos que es todavía revolucionaria, es decir que cree todavía en la necesidad y en la posibilidad de una insurrección colectiva popular con la cual apresurar la evolución hacia el advenimiento del socialismo; y eso sin tener en cuenta a los comunistas dictatoriales y bolchevistas, para quienes la táctica insurreccional es fundamental. Aunque muchos revolucionarios se diviertan en utilizar la distinción entre insurrección colectiva e insurrección individual, para aprobar aquélla y desaprobando ésta, los hombres de buen sentido comprenden que desde un punto de vista práctico, revolucionario, en cuanto la insurrección colectiva tiene una eficacia mucho mayor y resultados prácticos más importantes que la insurrección individual. Pero no hay necesidad de que vengan los socialistas a hacer esta observación, desde el momento que en ella están todos de acuerdo, hasta el último de los anarquistas. Pero es innegable que hay una conexión lógica e histórica entre la insurrección individual y la insurrección colectiva.

Moralmente, además, a menos que no se sea tolstoiiano — es decir partidarios de la absoluta no resistencia al mal, — el acto de violencia individual (siempre por objetivo desinteresado, en beneficio de un pueblo, de una causa, de un ideal) no se comprende por qué debería repugnar más que una revolución o una guerra de liberación. No se comprende por qué Agésilao Milano, que antes de 1860 intentó matar de un bayonetazo al Borbón de Nápoles, debe ser juzgado más reo frente a la moral humana que Garibaldi, el cual con el mismo propósito hizo toda una campaña de guerra, en donde sucumbieron de una parte y de otra muchas vidas humanas, aun sin tener en cuenta que Agésilao Milano no triunfó en su intento y pagó lo mismo con la vida su acto rebelde.

Desde el punto de vista utilitario, del éxito, también nosotros damos mayor valor e importancia a la insurrección de Palermo, a las revueltas de Rosolino Pilo y a la expedición de los Mil; pero no se puede negar que desde un punto de vista moral y humano el acto de quien, como Agésilao Milano, tiende a causar el mínimo de los estragos humanos hiriendo a uno solo, a costa del propio sacrificio supremo e inevitable, es igualmente bello y noble, y tal vez superior. ¿Por qué habría de ser más moral la muerte, en una revuelta o en una guerra, de millares de pobres soldados borbónicos que la muerte de un solo hombre? ¿Tal vez porque este último era un rey? Hacer la pregunta equivale a responderla.

Fray Cristóforo, en la célebre novela de Manzoni, a don Rodrigo que lo interpelaba sobre una cuestión de duelos a propósito de una versión caballerescas, le respondió que lo mejor era que no hubiese ni desafiadores ni desafiados, ni padrinos ni duelos; así nosotros, frente a estos problemas terribles cuyas cifras significan vidas humanas, desearíamos bien que no hubiese necesidad ni de revoluciones ni de violencias individuales o colectivas. Pero para esto sería preciso que no hubiese ni oprimidos ni opresores, ni explotados ni explotadores.

¿Cómo y en qué sentido, pues, los anarquistas son partidarios de la revolución y aceptan como medio de lucha la insurrección individual y colectiva?

A esta pregunta he respondido en gran parte en un artículo precedente. Para no repetirme, remito al lector a la lectura de lo que decía entonces, examinando las relaciones entre violencia y revolución, limitándome aquí a esclarecer un poco mejor mis ideas al respecto.

Los anarquistas son partidarios de la violencia, como medio revolucionario, en cuanto no ven otra vía de salida, para la humanidad, para libertarse de la opresión y de la explotación. Ciertamente la humanidad es oprimida también por la fuerza de las supersticiones religiosas y políticas que hacen creer a la mayoría que no es posible un estado de cosas diverso del actual; hay toda una ciencia política y económica que se esfuerza por sostener que el régimen capitalista y autoritario es el menos malo que se puede desear como forma de convivencia social. Pero en sustancia, los patronos y los gobiernos ¿sobre qué se aferran más para mantenerse en el poder? ¿Quizás sobre la prédica de los sacerdotes o las lecciones de los profesores de economía política? ¡No! si así fuese, hace mucho que habríamos vencido, pues las mejores razones están de nuestra parte, y no hay razón mejor y más convincente que la de los pobres contra los ricos, la de los oprimidos contra los opresores.

La mejor razón que opresores y explotadores tienen de su parte es la fuerza, — la fuerza del dinero antes y luego la fuerza material, la violencia. Si bastase la razón para vencer esta fuerza, bastaría haberla dicho — y se dice desde hace casi cien años, — para que los gobiernos se decidiesen a abdicar del propio poder político y los propietarios a renunciar al propio privilegio económico. Pero no es así; los oprimidos pueden, cuando se les ha concedido la libertad o cuando se la han sabido conquistar, decir todas las propias razones posibles, pero si intentasen ponerlas en práctica, están allí la policía, el ejército y la magistratura para decir: *¡de aquí no se pasa!* En una región económica, los huelguistas pueden demostrar con exuberancia las propias razones, pe-

ro apenas quisieran traspasar las vallas que circundan la propiedad del patrón, están allí todavía la policía, el ejército y la magistratura para decir: *¡de aquí no se pasa!* ¿Razona quizás el carabínero que os arresta o el batallón de soldados que apunta las bayonetas contra una masa del pueblo, armada sólo con buenas razones?

Lo sé, están los socialistas legalitarios que quisieran dar vuelta a la cuestión, y creen llegar a su objetivo entrando a formar parte de las instituciones políticas de la burguesía. No repetiré aquí la interminable discusión sobre la conquista de los poderes públicos; la experiencia ha demostrado ya que esta fábica, si consigue hacer cambiar de posición en el lecho del enfermo, si logra apaciguar algún dolor de tanto en tanto, hacer más muelle la posada, etc. no apresura un minuto siquiera la curación. En el fondo los reformistas legalitarios no hacen más que eternizar la discusión entre los dos seculares adversarios, el capitalismo y el proletariado, — dejando siempre al primero en la condición de privilegiado y el segundo en la condición de explotado. Es ya además demasiado evidente que la mayor parte de los socialistas que se han aproximado al poder no piensan ya en efecto en la realización del socialismo, ideal de igualdad y de libertad. Sólo así se explica cómo a pesar de que la experiencia de cincuenta años haya demostrado la imposibilidad de llegar al socialismo sin la revolución, persistan en la legalidad y en la tendencia a querer convertirse en partido de gobierno.

Tales son las razones por las cuales los anarquistas, que permanecieron fieles a su ideal socialista y libertario, para combatir útilmente por la instauración de un régimen en el cual no haya más explotados ni oprimidos, son revolucionarios, — es decir sienten la necesidad ineluctable de que el pueblo recurra a la violencia cuando quiera o se sienta con fuerza para abatir los obstáculos que se oponen a la realización de la verdadera igualdad y de la libertad.

Pero la violencia revolucionaria — aunque la violencia en sí esté en contraste, como hemos visto, con los principios morales del anarquismo — no contradice esos principios, por la simple razón de que ella es un medio inevitable para combatir una violencia opuesta que existe y se manifiesta independientemente de los revolucionarios y anarquistas y contra ellos: la violencia organizada, sobre la cual se apoya todo el edificio social actual. En cuanto la violencia revolucionaria es un medio transitorio para hacer cesar un régimen de violencia permanente, podemos decir que está en perfecta coherencia con los principios anarquistas, aun no siendo característica específica del solo anarquismo, pues todo partido de minoría la ha usado y la usará en el curso de la historia siempre que quiera obtener la victoria.

El objeto principal y más importante de la medicina es curar a los enfermos, cuyo organismo está envenenado por alguna infección. Con tal fin adopta sustancias venenosas que perjudicarían o matarían los organismos sanos. El veneno que es nocivo por sí, se convierte así en instrumento de salvación y de vida. ¡No se podrá decir por esto que los médicos tienen la función de envenenar a los enfermos, y que la medicina es el veneno! Así como la medicina no es el veneno, decimos que la anarquía no es la violencia y que es la *negación de la violencia*.

Como, cuando un enfermo es curado, el veneno cesa de ser necesario y se arroja a un lado, así cuando la humanidad, y el proletariado por ella, haya vencido en su revolución, la violencia no tendrá razón para manifestarse. Esto en líneas generales, pues de manera absoluta no se puede decir si la humanidad verá desaparecer nunca del todo toda forma de violencia en su seno. Sin embargo la perfecta pacificación humana no se podrá alcanzar nunca en el mundo, — pues la perfección es deseable pero no completamente alcanzable en las cosas humanas, — si no en sentido relativo, en relación a los estados sociales anteriores, se llegará a esto (y es la condición *sine qua non* de la existencia de una organización social anarquista): a la eliminación de la violencia coactiva organizada en sistema por el hombre contra el hombre.

Entonces, naturalmente, una sola forma de violencia contra el propio semejante será posible y necesaria: la que tiene fines defensivos contra quien, colocado el primero fuera de la sociedad y del pacto por todos libremente aceptado, no se contentase con haber salido, sino que quisiera también, el primero, violar la ajena libertad y tranquilidad. Este pacto social, libremente elegido y consentido, no será autoridad, es decir no será sistema establecido como obligación para todos, se entiende; y se adherirá a él sólo el que quiera, pero el que no lo quiere no tendrá derecho a quebrantarlo ni para él ni para los que lo aceptan.

Errico Malatesta, en su célebre folleto *Entre campesinos*, que en su forma sencilla y humilde es siempre el mejor compendio de la doctrina anarquista — hace ya muy bien cincuenta años planteaba claramente la cuestión en estos términos: "Por lo demás — dice Jorge, una de las personas del conocido diálogo — lo que nosotros queremos hacer por la fuerza es la puesta en común de la materia prima, del suelo, de los instrumentos de trabajo, de las casas y de todas las riquezas que existen ahora. En cuanto al modo de organizarse después y de distribuir la producción, el pueblo hará lo que quiera... Se puede prever casi con certidumbre que en algunos lugares se establecerá el comunismo, en otros el colectivismo, en otros alguna otra cosa; y luego, cuando se haya visto quien se encuentra mejor, poco a poco, todos aceptarán el mismo sistema. Lo esencial es que nadie comience a querer mandar sobre los otros y a apoderarse de la tierra y de los instrumentos de trabajo. Contra esto hay que estar atentos, para impedirlo si aconteciese".

Y a la pregunta, qué se haría si hubiese de aquellos que quisieran oponerse a lo que los otros han deliberado en el propio interés, o bien de aquellos que quisieran violar la ajena libertad con la fuerza, o se rehusasen a trabajar, Malatesta por boca de Jorge responde en dos puntos diversos:

"En caso extremo... si hubiese gentes que no quieren trabajar, todo se reduciría a expulsarlos de la comunidad, dándoles la materia prima y los instrumentos para trabajar por su cuenta... Entonces (cuando algunos quisieran violar la ajena libertad) naturalmente sería necesario recurrir a la fuerza, pues si no es justo que las mayorías opriman a las minorías, no es tampoco justo lo contrario; como las minorías tienen derecho a la insurrección, las mayorías tienen el de *defensa*". En estos casos, la libertad de los individuos no sería puesta en juego, desde el momento que "siempre y en todas partes los hombres tienen derecho a las materias primas y

a los instrumentos de trabajo, de modo que pueden separarse siempre de los otros y quedar libres e independientes".

He aquí en qué sentido, por lo que se refiere a la sociedad futura socialista y libertaria, creo que la violencia tiene razón de ser por el hecho que a cada uno le será material y efectivamente garantizada la más amplia libertad; la violencia permanecerá de cualquier modo la *extrema ratio* como medio defensivo contra los prepotentes y los locos, — en cuyo caso será legítima por las mismas razones por las cuales hay que considerarla legítima hoy contra los prepotentes y los explotadores, que atentan de continuo e impiden la libertad y el bienestar de las grandes masas.

LA VIOLENCIA Y EL PROLETARIADO

A propósito de la violencia, hoy son casi completamente superfluas las previsiones que podemos hacer sobre el puesto que ocupará en la sociedad futura, porque tales previsiones tienen siempre un valor demasiado hipotético. Nosotros podemos decir lo que queremos que sea la sociedad futura, lo que haremos para que sea tal; y esto nos sirve para precisar nuestro pensamiento, para explicar el móvil y el fin de la acción revolucionaria, para mostrar qué sentimiento guía a los anarquistas cuando incluyen entre sus medios de acción la violencia. Pero sobre todo lo que interesa, hoy por hoy, es el problema de la violencia como medio de agitación y de revolución desde este momento, como manifestación actual del movimiento revolucionario, como actividad insurreccional individual y colectiva.

También fuera de los períodos específicamente revolucionarios, la violencia tiene una misión que cumplir, no sólo a través de actos individuales de revuelta, de justicia y de reivindicación humana, sino también en el movimiento de masas, especialmente en el movimiento obrero sindical, en las contiendas económicas entre proletariado y patronato, en las huelgas tanto parciales como generales.

Ninguna otra violencia, como la desplegada por los obreros en las contiendas económicas, tiene más evidente el carácter de "legítima defensa", no sólo desde un punto de vista general, sino desde un punto de vista completamente particular y contingente. Ninguna huelga, ni siquiera la más pacífica y reformista, está exenta de violencia de parte de los obreros. Y se comprende, especialmente hoy que la organización cada vez más extensa y compacta de la clase patronal consigue hacer cada vez más vana la resistencia obrera en el terreno legal. Salvo casos particulares, en las huelgas la organización obrera y la organización patronal están en la relación del famoso recipiente de barro frente al de bronce. En paridad de condiciones, la organización obrera es siempre derrotada, u obtiene victorias formales y aparentes que apenas enmascaran la derrota. Las más grandes huelgas de estos últimos años en América, Alemania, Inglaterra, Francia e Italia lo demuestran con exuberancia.

He ahí porque, cuando estalla un conflicto entre asalariados y patronos, los primeros terminan siempre o casi siempre, a pesar de la opinión contraria de los jefes, recurriendo a la violencia; no siempre a la violencia general abierta, clamorosa, sino de cualquier modo con la salida de pocos o muchos, en medida más o menos amplia, de la legalidad. La co-

sa es que los obreros, a medida que los días pasan y se hace sentir la incomodidad a consecuencia de la huelga, presienten la propia impotencia frente a la fuerza económica del capitalismo y comprenden la necesidad de romper el círculo vicioso dentro del cual giran; de tener que abstenerse del trabajo para vencer, y de tener necesidad de trabajar para vivir. Perciben, aunque confusamente sin embargo, que para vencer verdaderamente tendrían que trabajar para ellos y no para los patronos; pero esto significaría la revolución, y he aquí cómo en sus conatos acaban por romper aquí y allá el círculo de la legalidad y por chocar violentamente contra las fuerzas organizadas del Estado que está en guardia del privilegio capitalista.

Todo esto con mayor razón es verdad para la huelga general. Una huelga parcial puede tirar adelante y también triunfar, por el esfuerzo de la solidaridad de las otras categorías obreras que continúan trabajando; pero esta solidaridad falta cuando todos los obreros abandonan el trabajo. Tal verdad no se ha podido observar completamente hasta aquí, porque las huelgas generales que se han sucedido hasta hoy han sido siempre mucho menos "generales" de lo que se creía; o porque han terminado al cabo de tres o cuatro días, es decir antes que pudiesen hacerse sentir seriamente los inconvenientes de una verdadera abstención general del trabajo. Pero hay que convenir que una huelga realmente general, difundida y prolongada es absolutamente imposible en los límites pacíficos de la legalidad. Mucho antes de que la burguesía y el Estado sean en serio forzados a ceder por falta de producción, la clase obrera moriría toda de hambre. De aquí la inevitabilidad para ésta de recurrir a la violencia para constreñir al capitalismo a ceder de otro modo que por hambre y para apoderarse de los productos existentes a fin de continuar sustentándose.

La violencia obrera, sea la saltuaria, episódica, más o menos clamorosa, que se constata durante las huelgas parciales, sea la generalizada que se prevé necesaria en una huelga general, tiene un carácter de inevitabilidad tal que se hace del todo inútil discutir si es buena o mala. ¿Tienen, sí o no, los obreros el derecho a defender la existencia propia contra los penosos trabajos y el hambre? ¿Tienen, sí o no, ellos que son los productores directos de la riqueza social, el derecho a mejorar las propias condiciones de vida? ¡Ciertamente! y ninguno querrá negarlo. Ahora bien, cuando toda una organización social, todo un complejo de instituciones políticas, económicas y jurídicas tiende a neutralizar los esfuerzos de la clase obrera dirigidos a tal fin, ¿cómo negar que los trabajadores se encuentran en un estado de legítima defensa cuando recurren a la violencia contra los obstáculos de toda especie que se oponen a su mejoramiento?

Y cuando constatamos que es vano para la clase trabajadora el esperar una real emancipación, un mejoramiento efectivo y duradero, en la órbita de las instituciones capitalistas, y que el derecho obrero no podrá ser completamente satisfecho más que con la desaparición del monopolio de la propiedad, — pues sabemos que el poder del capitalismo y del Estado burgués que lo defiende no podrá ser vencido más que por la revolución expropiadora, — concluiremos que la huelga general para los fines de la emancipación no podrá ser más que un acto de insurrección violenta de todo el pueblo contra los dominadores actuales; y entonces se identifica con la

revolución social, destinada a emancipar la humanidad de todas las formas de parasitismo, de explotación y de opresión.

He dicho ya más de una vez que la violencia revolucionaria, individual y colectiva, que los trabajadores adoptan en sus luchas contra los opresores, es una forma de propia y legítima defensa. No insistiré nunca bastante sobre esto, que es el carácter que distingue la violencia de los proletarios revolucionarios ejercida en defensa de un interés general, de la violencia agresiva de quien la adopta para aplastar el ajeno derecho a la vida o a la libertad, — sea el asesino del camino, sea el verdugo legal.

Por lo demás tal violencia, medio y no fin en sí misma, no son los revolucionarios obreros los que la han elegido deliberadamente por amor a la violencia en sí; son las condiciones de ambiente, las condiciones peculiares de la lucha quienes les obligan a adoptarla. En la sociedad actual todo es violencia, y absorbemos por todos los poros su influencia y su provocación; y a menudo uno está forzado a morder para no ser devorado. ¿Qué hacer? Todavía no está en nosotros el poder determinar nuestros actos en relación a nuestros sentimientos y convicciones, no está en nosotros el poder de elegir ciertas formas de vida social más bien que ciertas otras, y un género de relaciones humanas más en armonía con nuestras ideas. Y como no queremos ni podemos ser sólo una escuela de discusión, sino un partido de revolución, en la lucha adoptamos los medios que la situación nos consiente y que los adversarios y enemigos mismos nos imponen, adoptándolos ellos mismos.

El oprimido y explotado que se rebela no es nunca en realidad el primero en usar la violencia; pues la violencia antes es cometida en su daño por quien lo oprime y lo explota, precisamente con la opresión y la explotación que son formas de violencia organizada y continuada mucho más terrible que el acto impaciente de un rebelde aislado o también de todo un pueblo en revolución. Hemos notado ya y recordado más de una vez cómo las más sangrientas de las revoluciones populares no ha causado tantas víctimas como ha causado la guerra más breve o como causa ahora un solo año de miseria entre la clase obrera. No se debe entender por tanto en un significado demasiado angosto el concepto de la violencia para legítima defensa; pues por ella se entiende no la defensa de un individuo o de un grupo atacado aisladamente, sino la defensa de toda una clase, incluso de toda la humanidad permanentemente ofendida en su derecho a la vida, al bienestar, a la libertad.

Ciertamente, tampoco sobre este argumento de la violencia, — y hasta más que sobre todo el resto, en cuanto el gasto (como dice Malatesta) se totaliza en vidas humanas, — los revolucionarios abdicar de la propia razón para aprobar no importa qué violencia sólo porque se encubre con el nombre de una idea o de una causa general. Si sería debilidad imperdonable evitarla y condenarla cuando es necesaria, sería igualmente torpe querer su uso a toda costa, aun cuando fuese irracional, inútil y dañosa a la causa que se defiende. En cuestiones de este género no es posible tener una balanza de precisión para establecer hasta qué punto la violencia es necesaria y qué suma se necesita, y para medir por tanto el pro y el contra para todo hecho. Pero

de cualquier manera, dejada la debida libertad al impulso y al entusiasmo de la acción, la razón debe siempre primar soberana sobre ellos como guía inteligente. Pues si el sentimiento y la pasión pueden a veces llevar a los revolucionarios a un exceso de violencia, no es raro el caso que lleguen a ser una mecha de debilidad.

El revolucionario frente a la humanidad es como un cirujano que tiene que operar a un enfermo; su propósito es el de curarlo. Sería mal cirujano si, enternecido por el miedo o por los lamentos del enfermo, dejase de operarlo todo lo profundamente que es preciso; pero sería lo mismo y peor si, sin preocupación por la persona del enfermo, hiciese una operación por el solo prurito de hacerla, justamente por amor al arte, y prolongase más allá de lo necesario los sufrimientos del paciente. Es un parangón del todo relativo este; pues, repito, en materia de violencia revolucionaria no es posible medir la energía necesaria — y también sería más perjudicial pecar por defecto que por exceso, — pero en sustancia este es el sentimiento que guía al rebelde: el sentimiento de amor por la humanidad y el deseo de vencer para la salvación de ella. Y es este sentimiento desposado con la razón el que determinará en las grandes líneas, y hasta dónde es posible, el límite de la violencia revolucionaria.

La violencia del innovador es diversa de la del impulsivo, violento por la violencia en sí; la violencia del innovador, aun cuando es implacable, es empleada con intelecto de amor: "comete piadosamente acciones crueles, excusa los destrozos y condena a los Soderini" — decía Giovanni Bovio. — "La revuelta brutal — escribía Errico Malatesta en 1892, en un artículo a propósito del terrorismo anarquista de aquellos años, — se producirá ciertamente y podrá también servir para dar el gran golpe de espalda que debe sacudir el sistema actual; pero si no encontrase el contrapeso de los revolucionarios que obran por un ideal, se divorciaría de sí misma". Tales consideraciones tienen valor tanto para la revuelta individual como para la revuelta colectiva: el móvil ideal, desinteresado, altruista, y al mismo tiempo el espíritu de sacrificio, dan a la violencia revolucionaria el carácter de afirmación de los valores morales humanos superiores, — de los cuales toda otra forma de violencia es en cambio la negación.

Así volvemos por otros caminos a concluir otra vez, como se ha hecho precedentemente, haciendo resaltar la necesidad, para que la obra revolucionaria sea realmente vital, de una fe más alta y más pura que aquellas que se inspiran en un estrecho positivismo utilitario inmediato, la fe purificadora y exaltadora, que no choca contra la razón humana, sino que es su exaltación mejor, en un porvenir de justicia y de fraternidad, en el advenimiento de una sociedad basada en el amor y en la libertad.

El que sea violento por esa fe — individuo o pueblo, — no será nunca inhumano.



MAX NETTLAU

Consideraciones sobre la organización y sus límites

He evitado largo tiempo el discutir el asunto *organización*. Cada cual tiene que decidir por sí mismo la que quiere, mucha o poca, y de qué género, mientras que al mismo tiempo sobre cada cual obran influencias que le dominan o a las cuales sabe resistir en un grado diferente; de esas dos fuerzas una resultante representa lo que se hace realmente, resultado de valor muy diverso como lo son las acciones de los hombres. Personalmente, conforme a la máxima: "la naturaleza no ha hecho servidores ni amos; yo no quiero dar ni recibir leyes", me siento lejos del deseo de querer organizar a alguno, porque no quisiera que nadie me organizase. Pero si no hay que mezclarse en lo que cada cual hace bajo este aspecto, si se reclama el respeto a nuestra libertad de acción, vale la pena considerar el asunto en general, porque es una de las cuestiones importantes entre el pasado-presente que vive todavía en nosotros y por nosotros y que ha formado nuestras mentalidades, y entre el porvenir que tratamos de entrever y también de preparar, provistos como estamos, inevitablemente, de esas mentalidades formadas y nutridas en la experiencia del pasado y de sus formas, fuerzas, influencias, ambientes presentes. A nosotros nos corresponde separar todo lo posible nuestras mentalidades de esas influencias y para eso debe servir la discusión de todas nuestras ideas que se hace ahora por aquí y por allí, porque se siente generalmente que estamos demasiado apegados al pasado, incluso al pasado de nuestras propias ideas, que ha llegado el tiempo de dar algunos pasos hacia adelante, creando de nuevo, rompiendo con el pasado.

La palabra *organización* es empleada en sentidos diversos. Un organismo cualquiera, un hombre, un animal, una planta posee su organización, es decir, una cantidad de factores operan en él, ejerciendo funciones que no se chocan, pero que al contrario se soportan una a la otra o se derivan la una de la otra, de suerte que resulta de ahí un funcionamiento normal que en ciertos límites puede ser intensificado en algunas, no en todas las direcciones, produciendo un resultado superior. Hay igualmente límites para los resultados inferiores, pero al margen de esos límites y condiciones especiales, hay enfermedad, pérdida, muerte del organismo, si la organización que contiene es obstaculizada, reducida, modificada. Un organismo viable exige, pues, una organización precisa e inalterable — en límites muy claramente trazados, — y su declinación, su muerte, inevitables tanto por todo lo que vive, son el resultado fatal de una modificación de su organización más allá del margen que sus límites le permiten.

Al lado de esta organización natural que nos rodea

a cada paso y que vive en nosotros mismos, lo que los hombres han creado en *organizaciones artificiales*, los animales también, es una imitación muy imperfecta, pálida y vaga, vacilante, y estamos siempre en medio de tales esfuerzos y el hombre quedará ahí siempre: porque la socialidad le impulsa a la agrupación y a la cooperación, cuyas ventajas son muy grandes y están lejos de ser agotadas — nuestro porvenir libre verá una primera expansión y sobre esta nueva base, lo esperamos, muchas otras. — Pero los primeros ensayos han sido necesariamente esbozos primitivos, basados en la superioridad de los más fuertes y de los más inteligentes y astutos y sobre la fuerza colectiva que contiene una masa de individuos incluso individualmente más débiles. Esas luchas entre individuos y colectividades, han llevado en casi todos los animales a un estado de fuerzas equilibradas, es decir, la experiencia de los mejor dispuestos fué comunicada a la colectividad y se transmite de generación en generación por ese código de conducta que se llama "instinto", y los individuos fuertes se han convertido en reyes, sacerdotes, propietarios y patrones que dominan a los otros individuos de su colectividad. En algunas especies, como abejas, hormigas, termitas, en cambio, se ha desarrollado un autoritarismo, que culminó en deformaciones y diferenciaciones físicas incluso — pienso en las reinas de fertilidad inmensa y en los individuos sin sexo de esas sociedades organizadas de insectos, — que en el hombre no se han producido todavía, pero que muestran claramente adónde culminaría el estatismo, el socialismo autoritario incluso.

El hombre se encuentra, pues, en un estadio que no es todavía ni el equilibrio libertario de la inmensa mayoría de las especies animales, ni el estatismo irremediable con deformación física de los individuos alcanzado por las abejas, hormigas, etc.; el hombre, según nos parece, podrá elegir todavía entre la suerte de los pájaros libres y el de las hormigas subyugadas. ¿Quién sabe qué suerte sabrá crearse? Habrá tal vez esta diferenciación en una especie libre que será el hombre completo, equilibrado, el hombre libre y una especie domesticada, subyugada. Porque la diferencia entre hombres libres tales como nosotros los vemos en tantos bellos tipos, que se saben anarquistas o no, y los hombres del "ruere in servitudinem" ("se han rodado en la esclavitud") de Tácito, los autoritarios de nuestro tiempo que se refocilan en el disfrute activo y pasivo de la autoridad, es verdaderamente demasiado grande, para no imprimirse en los cerebros y producir una diferenciación física.

Como quiera que sea en el porvenir, en el pasado, pues, se han establecido sucesivamente formas de cooperación social según las fuerzas relativas de los poderosos y de las masas, creando así mecanismos

políticos y sociales, declarados sagrados, intangibles y defendidos por la fuerza de los dominadores. Son las organizaciones de las sociedades con los ejecutivos, los legislativos, las fuerzas armadas, etc.; una organización que en cada momento de la historia es omnipotente, se coloca como permanente e inalterable, y contra la cual las fuerzas progresivas y otras, que quieren cambiarla, luchan con una desventaja inútil: la desventaja de no disponer de tal mecanismo organizado, de tener en su favor el buen sentido, el derecho, la buena voluntad, el entusiasmo, todas las influencias para el bien, pero no la fuerza concentrada, lista, obediente, que no retrocede ante nada que represente la organización que está a las órdenes de los gobernantes establecidos.

Por tanto, en caso de insurrección, se ha tomado el hábito de crear una fuerza insurreccional semejante, un ejército de la guerra civil, y también un nuevo gobierno, una nueva administración, etc.; en una palabra, se crea una organización casi parecida a la que se combate, pero se la impregna, como se dice, de un nuevo espíritu.

En el período preparatorio de las insurrecciones abiertas, cuando una propaganda pública es posible o cuando al menos se hace lo que se puede, en propaganda, por sociedades secretas y medios semejantes, se organiza, pues, también en vista de la lucha definitiva, y la organización es inevitablemente impregnada de las ideas de disciplina que predominan habitualmente en un insurrección abierta.

Así la conducta de las organizaciones, a través de las insurrecciones entrevistadas, es siempre más o menos moldeada sobre la de los enemigos en el poder a quienes se combate. Al menos fué así a través de la historia y la cuestión es para nosotros si las organizaciones que tienen fines libertarios podrán suscribirse a esa influencia que parece general.

Miremos primero hacia atrás, dando un vistazo sobre las organizaciones en el pasado, del cual sólo un pequeño período nos es más o menos conocido por vestigios materiales, por las tradiciones y la historia, mientras que la mayor parte de la historia de la especie humana no ha dejado casi rastros que se puedan interpretar socialmente en el detalle.

Los organismos gobernantes se semejan en todas las edades; burocracias, jerarquías, ejércitos se hallan en las sociedades del despotismo oriental de quienes se descifran las escrituras cuneiformes o jeroglíficas, como en las nuestras. También las formas para hacer valer las voluntades de las colectividades en tanto que los gobernantes se ven constreñidos a tomar nota, para ejecutar lo menos posible y con la peor gana, son las mismas: asambleas primarias de todos los habitantes entre los antiguos germanos, de los suizos más recientes, de los soviets modernos, las elecciones de acuerdo a censo con sufragio nominalmente universal. Algunas formas incluso, ya conquistadas por el pueblo, como el tribunal romano, han desaparecido; es verdad que en Roma ya se mataba a los tribunos que elevaban verdaderamente su voto por el pueblo, como los Graccos. Era preciso reconquistar continuamente esas libertades populares tan modestas que eran constantemente arrebatadas por los gobernantes; el siglo XIX luchaba todavía en todas partes por las constituciones y en el primer cuarto pasado del siglo XX las dictaduras las arrebatan de nuevo, y de nuevo se centra la lucha política en su reconquista, en Rusia, en Italia, en España...

Sobre el terreno social, los llegados se atrincheran en sus corporaciones, en Roma, como en la edad me-

dia, como bajo otras formas todavía, pero tan rigurosamente como pueden, en nuestros días. De ahí las organizaciones de defensa y de combate de los trabajadores, desde el *compagnonnage* a los sindicatos, organizaciones forzadas a luchar e inevitablemente moldeadas para la lucha.

En cuanto a la emancipación intelectual, ella sola hasta aquí tomó una forma independiente, nueva, que le fué dictada por su esencia misma; el pensamiento libre, la investigación, el experimento crearon la ciencia y las aplicaciones de la ciencia, conquistas tan grandes del espíritu humano, tan útiles a la humanidad entera, que tuvieron el predominio sobre el veto, la intimidación, las intrigas y las persecuciones por todas las religiones y sus jerarquías; el resultado fué la presente co-existencia de las *religiones* y de la *ciencia*, libertada de la religión. Es el único progreso verdaderamente adquirido, aunque siempre disputado por las religiones y sobre todo *ocultado al pueblo*, que no debe saber en qué grado la nulidad de las religiones y la fundación de toda nuestra vida moderna sobre las aplicaciones de la ciencia son hechos irrevocables.

Se siente uno impulsado a concluir de esa ojeada sobre el progreso político, social e intelectual, que los métodos del combate se deben fundar sobre el objetivo en vista (el objetivo libertador, pues) y no sobre el objetivo a destruir (el viejo sistema político o social); sin eso, se queda apegado al pasado y se hace la conquista, si se triunfa, de un organismo que pertenece al pasado y que por tanto se perpetúa en lugar de destruirlo. Es lo que hacen los demócratas y los socialdemócratas que conquistaron el Estado político y se meten en su administración, es lo que hacen los bolchevistas que establecen el Estado social bajo su dominio; eso me parece tan absurdo como si la ciencia quisiera conquistar la iglesia y meterse en sus prebendas, púlpitos y confesionarios; ni siquiera piensa en eso, porque tendría así su estancamiento, su ruina, las destrucciones de sus condiciones de vida.

En la práctica, en el pasado, frente al bloc reaccionario de los gobernantes, privilegiados, fuerzas armadas y judiciales y el obscurantismo intelectual, reforzado por la obediencia de casi todo el pueblo, la resistencia y el ataque, a menudo heroicos y algunas veces victoriosos, se formaron también en bloc liberal o en subdivisiones impuestas por las circunstancias locales: las fuerzas progresivas políticas, sociales, intelectuales fueron, pues, juntas, y su separación presente es muy reciente relativamente, ya que no data más que de los últimos años del siglo XIX en escisión abierta, y el mismo movimiento preparado por Babeuf (1796), dirigido contra los aprovechadores de la revolución francesa que disfrutaban de poder y de una nueva riqueza, tenía aún por parte integral los principales republicanos revolucionarios, pero no socialistas, que habían sobrevivido a las eliminaciones graduales de las cabezas avanzadas por la guillotina. Hubo rupturas de esa solidaridad en los siglos pasados por todos lados, lo sé bien; así los campesinos rebeldes se vieron aislados y sacrificados por todos, pero también los revolucionarios políticos perecieron a menudo por la indiferencia del pueblo, y los pensadores libres, tales como Servet, Bruno, Vainini, fueron quemados sin que los elementos políticos y sociales avanzados de su época pareciesen haber intervenido.

Pero al lado de estos tristes acontecimientos, se formó, sin embargo, desde el siglo XVI, más en el XVII, más aún en el siglo XVIII hasta los primeros años de la revolución francesa, una comunidad de espíritu

avanzado, favorable al progreso, y a ella debemos el haber salido por algunas generaciones de la edad media, en la cual el fascismo moderno trata de volvernos a hundir. Fué entonces, me parece, cuando se realizó la *organización voluntaria*, por primera vez, sobre una escala amplia y con fines verdaderamente humanitarios.

Lo que había en este género en los cristianos de los primeros siglos había degenerado en el monaquismo. Las ciudades libres fueron ante todo microcosmos de Estado y si hubo anhelos, chocaron más bien con la rutina local petrificada. Las universidades de la edad media crearon por primera vez un gran ambiente intelectual que tendía a hacerse independiente de la iglesia, lo que hasta entonces habían tratado de hacer algunos médicos y naturalistas a su propio riesgo y peligro. La colectividad de las universidades era en cierto modo una protección y vemos a los humanistas del Renacimiento mostrar mucha independencia intelectual, pero poco carácter de valor, lo que falta en general en la edad media, donde todos los hombres de talento se ponen bajo la protección de alguno, rico y poderoso, y los raros hombres que no lo hacen, perecen muy a menudo. Lo que había todavía de vida organizada libremente aceptada, las costumbres de la caballería, de los trovadores, de los Meistersinger fué restringido a algunos ambientes privilegiados. No es más que ese gran conjunto de corrientes y tendencias que culminó en la ruptura con Roma de partes importantes del centro, oeste y norte de Europa, la Reforma religiosa, que puso en movimiento a casi todo el mundo en esos países, no fué más que esa masa de acontecimientos, que llegó en el momento mismo de la invención del arte de imprimir y de la pólvora de guerra, y de los descubrimientos ultramarinos, lo que puso a Europa en fermentación: en lo sucesivo todo se hizo en una escala más vasta. El impreso reemplaza al pergamino, el fusil reemplaza a la lanza y al arco, el Estado centralizado reemplaza el feudalismo descompuesto, el comercio mundial reemplaza a la producción enteramente local, bien pronto la fábrica reemplaza a la manufactura. La reacción estatista y burguesa se agregó al federalismo y al militarismo. El hombre del pueblo, hasta entonces viviendo y muriendo en su rincón de tierra, alimentando a algún caballero local, fué descubierto como instrumento de trabajo, digno de trabajar en el oficio mecánico y de aumentar la "riqueza nacional" (no la suya, seguramente).

En estas condiciones, sobre esta escala tan amplia, los elementos progresistas comienzan a *organizarse* muy lentamente y con gran precaución. Primero vagamente en sociedades de letrados, en *academias*, luego con un poco más de atrevimiento en sociedades de hombres de *ciencia*, naturalistas y médicos. Luego como hombres cultos de tendencias liberales y humanitarias, que se acentúan desde los *franc-masones* a los *iluminados*. Por el lado popular, fueron los *predicadores de la Reforma*, después los de las *sectas* más aisladas y a menudo perseguidas que, en tanto que permanecían independientes del Estado y de las municipalidades, se daban la misión de crear uniones de sectarios que soportaban los gastos de ese culto, los suyos por tanto. Esa organización de cultos independientes fué verdaderamente el primer acto voluntario, es decir, tras persuasión y por celo de creyente, que se ve hacer al pueblo desde el siglo XVI, tantos siglos después que sus actividades de antes, en las reuniones primarias de todos los habitantes, habían caído en desuso, exceptuados algunos rincones de Suiza, y cuando en todas partes las "libertades mu-

nicipales", etc., habían caído en manos de algunas familias privilegiadas. El *compagnonnage* de los artesanos no pasó de su medio y si los grandes sufrimientos impuestos por las fábricas nacientes hicieron aparecer las primeras huelgas, fueron explosiones de descontento que, por lo que se sabe, no tenían todavía ninguna organización ni por inspiradora ni por consecuencia. No faltaban de ningún modo hombres atrevidos activos como organizadores de conspiraciones, tal como algunos entre los campesinos del mediodía de Alemania, ni oradores e inspiradores de grandes revueltas, como Thomas Muenzer y como los anabaptistas en Muenster (Alemania), otros en Holanda. Pero esos fueron más bien también predicadores libres y rebeldes con sus sectarios abnegados y fanáticos. En todo lo que salía del pueblo en esos siglos (XVI, XVII) estaba sobre todo el elemento religioso, a menudo socialmente popular, y democrático, y lo que pudo haber en organizaciones—y eran necesarias para hacer posibles bastantes numerosas agitaciones, movimientos y sectas más o menos permanentes,—tenía el carácter de creyentes abnegados, de fanáticos dispuestos al sacrificio, un carácter esencialmente *autoritario* por tanto, lo que acentuó la crueldad de las represiones.

Durante las largas guerras civiles, llamadas religiosas, en Francia (siglos XVI y XVII) y también en los años de la Fronza que siguieron, el pueblo se abstuvo y así ni la Reforma fué victoriosa en Francia ni la realeza fué seriamente lesionada: resplandeció inmediatamente después de Luis XIV y no por última vez. Pero en Inglaterra los años de 1628 a 1660, con la extinción temporal completa de la monarquía (1649 a 1660) y una eclosión sin precedente de la vida religiosa popular independiente — que puso también las fundaciones de tal vida en las colonias americanas de Inglaterra, — entonces fueron echadas las bases de una vida pública popular inglesa que no se volvió a interrumpir jamás y que gradualmente pasó a las cuestiones políticas y de libre pensamiento (primera mitad del siglo XVIII). Algunos años más tarde, la vida política se acentuó mucho por la revuelta en América y desde ese tiempo las grandes cuestiones políticas fueron constantemente agitadas y en repercusión de la toma de la Bastilla, 1789, se formaron sociedades populares inglesas y escocesas, primer gran ejemplo de organización democrática voluntaria, organizaciones con fines sinceramente liberales o radicales, pero que *en materia de organización* representaban ciertamente la experiencia, los hábitos, la rutina de la vida pública inglesa, que se derivaba del procedimiento parlamentario, de las costumbres, de las reuniones de corporaciones públicas, etc.: un conjunto tradicionalista y autoritario por tanto.

La revolución francesa vió una rápida floración de esos *clubs* políticos, que eran, por sus tendencias separadas y hostiles, un medio seguro para acentuar las diferencias, iluminar los fanatismos y fomentar bien pronto el celo y las exageraciones patrióticas; sobre esta base excitada y profundamente parcial y ultra-autoritaria fueron fundadas las *seccionés*, clubs obligatorios de barrio, en las cuales tanto un entusiasmo o fanatismo sincero como el miedo a ser considerado un moderado, hicieron obligatoria la exaltación más chillona, y todo el mundo se vió forzado a aullar con los lobos para no correr el riesgo de las sospechas y persecuciones de los celosos. No hubo, pues, ninguna libertad en esas organizaciones, lo que ayuda a explicar cómo un organismo cívico más que autoritario, la Francia de los comités omnipotentes, se deslizó fatalmente en el régimen de la dictadura

militar que Bonaparte le impuso en noviembre de 1799.

Se conspiraba contra ese régimen en organizaciones en que los generales rivales del general Bonaparte, los Moreau, Bernardotte, Pichegru, Servan y el más honesto entre todos, Mallet, se codeaban tanto con los babeuvistas y conspiradores republicanos, los Buonarotti y los Angeloni, como con los intelectuales, los llamados "ideólogos", burgueses liberales y hombres de ciencia, y de los conspiradores de mayor amplitud, los Lafayette y los Voyer d'Argenson. Un ambiente perturbado y, en suma, que quedó impotente, salvo que el pequeño resto de liberalismo muy modesto y doctrinario que esos intelectuales pretendían representar, fué casi el único débil soplo de las aspiraciones liberales del siglo XVIII que pudo ser transmitido al siglo XIX, y cuya llama, después de la caída de Napoleón, el liberalismo internacional, se incendió de nuevo. Allí, entre esos hombres, de los cuales no exagero el valor personal y que tenían muchas debilidades, no hubo, pues, organización, pero fueron recalcitantes al autoritarismo general, hombres de algún valor científico o literario, que no se doblegaban interiormente ante el despotismo — como Napoleón y todos sabían — aun cuando se acomodaban formalmente, puesto que todo el mundo lo hacía.

Cuando a partir de 1814 y 1815 la carta constitucional permitió alguna propaganda pública de las ideas liberales, se hizo, sin duda, y se realizó un trabajo muy útil contra el recrudescimiento del clericalismo, la congregación, y contra las tendencias absolutistas de los ultra. Pero esa propaganda se impuso límites por miedo a llegar hasta la república y de sublevar las pasiones sociales, siendo uno y otra odiosos para la burguesía, cuyo ideal fué el "justo medio" de la monarquía orleanista de 1830 a 1848. En las numerosas organizaciones secretas de esos años entre 1814 y 1830, en Francia, Italia, Suiza, Alemania, Holanda, España Rusia etc. — pero dejo aquí al margen a Rusia-Polonia, que tenían sus propios problemas y donde en la Rusia meridional y ucraniana se manifestaban las primeras tendencias federalistas en organizaciones por lo demás estrictamente disciplinadas, — en organizaciones secretas cuyas tendencias liberales generales de la masa de los miembros dirigidas por círculos interiores, de rangos más elevados, en intereses muy diversos, (intereses) de Bonaparte o de los Orleans, de Bernardotte o del príncipe de Orange, de la república matiz Lafayette y de la república de 1793 o hasta la soñada por Babeuf, en Francia, y de intereses más o menos diversos en los otros países. He hecho otras veces investigaciones bastante extensas, aunque no acabadas, en publicaciones muy raras, en legajos de archivo y en los trabajos históricos más recientes sobre este asunto, para llegar a esos "comités directores" que había tras las sociedades secretas, tal como la de los carbonarios, etc., y que eran liberales y hasta babeuvistas, es decir socialistas. Puedo decir al menos que esas jerarquías y entretelones secretos excluían una vida autónoma libre de los partidos que componían esas organizaciones: todo el mundo fué dirigido en secreto o dirigía a alguno a su capricho. De la libertad no hay ningún rastro. Una idea nueva no puede manifestarse más que por una contra-organización y una lucha sorda e implacable contra la antigua organización; ahí está como ejemplo la lucha memorable de la joven Europa inspirada por Mazzini contra el carbonarismo inspirado por Buonarotti, lucha que apasionó a las organizaciones más

visibles, cuyos dos centros hostiles manipulaban los hilos.

En Inglaterra las persecuciones de las sociedades populares durante la revolución francesa habían reducido por largo tiempo los esfuerzos populares a conspiraciones desesperadas y cruelmente reprimidas, del género de la de Despard y Thistlewood o a amplias demostraciones públicas igualmente perseguidas, del género de las de Spa Fields y Peter's Field meetings de 1816 y 1819. El maquinismo y la miseria agraria impulsaban a las organizaciones obreras secretas, las coaliciones legalmente perseguidas y prohibidas, a las destrucciones de máquinas por golpes de mano locales (ludditas) y a planes o ensayos de terror agrario, del género del de Brandreth (1817). Todo eso en tanto que existieron las organizaciones, fué pues del dominio autoritario, lo que las pasiones, los grandes riesgos, el secreto han parecido exigir, pero las iniciativas fueron individuales o locales ante todo, estallidos de desesperación e indignación después de grandes provocaciones y aguijoneos de la gran miseria.

Pero en esos años se hizo también quizás la primera propaganda pública más o menos organizada. Fueron los editores libre-pensadores valerosos que publicaban los escritos racionalistas de Thomas Paine (*La edad de la razón*) y tantos otros escritos más o menos perseguidos, que los amigos de la buena causa hacían circular sin embargo a su riesgo; fué el socialista agrario Thomas Spence el que para propagar sus ideas fundó quizás el primer grupo socialista formado por sus adeptos y propagadores de sus ideas. Fué la agitación humanitaria organizada por ciertas cuestiones especiales como la situación terrible de los prisioneros por John Howard y la esclavitud de los negros por Thomas Clarkson. El hombre que penetrado de sus derechos de ciudadano de plantear una cuestión urgente ante todos los órganos de la sociedad organizada, desde los reyes y gobernantes a los legisladores, y ante todo el público, y que supo entonces hacer oír su palabra gracias a su energía tranquila e imperturbable, su talento y sus ricos medios, fué Robert Owen y de él data verdaderamente la vida pública despertada sobre las cuestiones sociales por el argumento y los hechos, no sólo por las tragedias de las conspiraciones y de los ahorcamientos, en Inglaterra. Fué secundado, al menos en sus comienzos, por un grupo de radicales intelectuales que comprendía también a un hombre de procedencia popular muy militante entonces, Francis Place, que pueden ser considerados como una contraparte inglesa del "comité director" de París, *mutatis mutandis*, sin el carácter conspirativo, pero ejerciendo una influencia discreta e inteligente que protegía las buenas causas como la de la primera mejora de la suerte terrible de los obreros de las nuevas fábricas, la de las asociaciones obreras que estaban todavía fuera de ley. Fué pues un poco un "comité director social", aunque compuesto de individualistas burgueses y sin coherencia formal.

Robert Owen, por tanto, después de haber agotado los caminos de acción individual dirigida a los gobiernos, parlamentos y a la opinión pública en favor de un ensayo en gran escala de sus tentativas de educación social — describió eso en detalle en su autobiografía escrita en 1857 e interrumpida por su muerte — asoció a los hombres de buena voluntad a él mismo para crear demostraciones experimentales ilustrativas de sus ideas, y otros hicieron otro tanto entonces, entre 1820 y 1830, él en New Harmony en los Estados Unidos en 1825, alrededor de 800 per-

sonas que dispusieron de un millón de dólares y de un gran terreno, otros en Escocia, en Orbiston, en 1826 sobre una escala mucho más pequeña, él y sus amigos de nuevo en Londres en el Cambio obrero (1832-34), otros en diversas comunidades experimentales y sobre todo en aspiraciones cooperativas en Inglaterra, Irlanda, en los Estados Unidos. Tentativas fourieristas semejantes, débiles en Francia, tuvieron una reiteración frecuente en los Estados Unidos, sobre todo desde 1840 a 1850, sucediendo o acompañadas de tentativas sobre otras bases sociales, que se remontan algunas veces al siglo XVIII, la Icaria de los cabetistas, etc. Esas numerosas empresas fueron los primeros actos de organización voluntaria, propuesta ya en el siglo XVII en Inglaterra, en el XVIII en Francia. Se sabe que de ese impulso hacia una nueva vida social autónoma surgió la idea de los anarquistas individualistas, del género de Josiah Warren, de una organización completamente libre, basada en el cambio igual de productos del trabajo, idea que Proudhon concibió también en Francia y hasta trató de aplicar, tentativas que llegaron al crédito mutuo entre asociaciones y asociados, como las tentativas de asociaciones solidarias que culminaron en las cooperativas. En una palabra, así se originó una acción variada y múltiple por obreros y simpatizantes, que ha producido en su rama autoritaria las inmensas organizaciones de cooperación, sobre todo distributiva, en casi todos los países y en su rama libertaria una cantidad de tentativas muy pasajeras lo más a menudo pero que no cesa nunca y que se vuelve un poco más numerosa cada año. Sin embargo ni la una ni la otra de esas dos ramas han recibido todavía, diría, la centésima parte del soporte que los obreros dan siempre al primer charlatán político que va a solicitar su voto y que se hace con ellos un pedestal para levantarse en la esfera de los jefes y de los grandes jefes del pueblo, que parece sintiera siempre la necesidad de ser dirigido por esos jefes. Es triste, pero eso constituye parte de las consecuencias inevitables de la mentalidad autoritaria general que nosotros combatimos precisamente.

También Robert Owen, William Thompson y tantos otros socialistas abnegados de los años 1820 a 1840, los obreros ingleses se desviaron hacia los extravíos de elecciones al parlamento, propuestas por los *reformers* políticos hasta 1832 y por los *chartistas* a partir de 1836 hasta una escisión de ese movimiento entre 1850 y 1860, cuando se puso luego a reclutar de nuevo el apoyo obrero para la *Reform bill* de 1866, y así sucesivamente: alternación de tales movimientos políticos hasta su debacle o la demostración de su ineficacia y de movimientos socialistas que despiertan de nuevo las esperanzas, hasta ser explotados por los políticos y degenerar — y así siempre. Se comprende que en ese círculo vicioso las organizaciones, en tanto que ensanchadas para ser útiles a los políticos, se vuelven autoritarias, rutinarias superficiales, mientras que las que permanecen libertarias se extinguen, son aisladas o se convierten en grupos francamente anarquistas, pequeños islotes en un mar de autoritarios o de indiferentes organizados o registrados mecánicamente por grandes cantidades de electores o de cotizantes de una gran trade-union.

Sería fácil mostrar que en todos los países en donde por una *organización obrera* se ha tratado de crear una fuerza que sería un día fuerza verdaderamente socialista, se ha creado sólo, prefiriendo la

cantidad a la calidad, un electorado organizado y un sindicalismo para las necesidades del día — necesidades muy grandes y para las cuales la cooperación de las grandes masas así asegurada es útil, indispensable, pero eso no es todo, y el sindicalismo moderado que se detiene ahí y que combate todo sindicalismo más avanzado se pone a través de las aspiraciones socialistas, como lo hace el elegido socialista que se convierte en un órgano del Estado presente.

Esta situación es irremediable, puesto que la concurrencia con los otros partidos políticos *dicta* al socialismo parlamentario sus procedimientos, la obliga a imitar el autoritarismo de todo el mundo. De igual modo el autoritarismo patronal tiene su repercusión en el sindicalismo obrero; la lucha presente obliga a oponer a las fuerzas coaligadas patronales el máximo de fuerzas coaligadas obreras en cada rama, es preciso, pues aumentar a todo precio el número de los sindicatos lo que implica un reclutamiento rutinario sumario y superficial. Se ha reclutado tener la idea que un número restringido de hombres de ataque sería una compensación de la falta de grandes números; pienso que la experiencia no ha confirmado esta idea; porque las masas aceptan bien los éxitos así arrancados, pero no saben defenderlos y los capitalistas comprenden esa debilidad y toman sus medidas.

En estas condiciones el sindicalismo revolucionario me parece suspendido entre dos posibilidades, que una y otra lo descartan de una verdadera realización en un porvenir cercano. Compuesto de elementos seleccionados, perfectamente adictos a sus ideas, queda pequeño en número y la esperanza de que arranque las masas moderadas e inertes es pequeña. Al ensanchar su número por alguna constelación favorable en una proporción mucho más amplia que un acrecentamiento normal, no estará ya compuesto de elementos verdaderamente eficaces, será desviado por la vía de las moderaciones, mucho más probablemente que arrastrado en la de las realizaciones revolucionarias duraderas y que se mantendrán sin un esfuerzo autoritario que volvería a llevar a la dictadura.

Porque no hay transacciones entre una acción voluntaria y una acción impuesta, y nada sólido puede establecerse entre ambos. Los hombres de nuestro tiempo tienen tras ellos y ante ellos los dos géneros de organización por una larga experiencia: la autoritaria para todo lo que les afecta *en su conjunto*, la voluntaria para todo lo que les afecta *individualmente*. Están expuestos a las invasiones autoritarias en el dominio individual, hoy más que nunca, por todos los esfuerzos para cimentar la esclavitud de las masas por la creación de las mentalidades colectivas que convienen a los intereses de los gobernantes. Sienten todavía mucho la influencia voluntaria que es la única verdaderamente creadora, productora, liberadora, y sus manifestaciones especializadas se agrega el pensamiento libre y su sublimación, el pensamiento y el ideal anarquistas, realizables en el espíritu de cada uno desde ahora mismo, en la conducta de cada uno bajo muchas relaciones desde que toma la firme resolución de hacerlo, y sobre una escala más amplia desde que las verdaderas voluntades se coordinen y se afirmen de una manera que por su valor sea digna de su gran causa. El mundo autoritario no cederá a los gritos, a las críticas, a las doctrinas sino cuando una colectividad anarquista sepa verdaderamente afirmarse con verba, talento, energía, perseverancia y (palabras sobre las cuales no habrá que equivocarse) en el cua-

dro y en el camino de las aspiraciones humanas generales y de las utilidades públicas comunes a todos, — se afirmará o perecerá todavía gloriosamente, pero su ejemplo será seguido hasta abrir una brecha en el mundo autoritario.

Si para tales afirmaciones se contara con el concurso tanto sindicalista revolucionario como cooperador independiente, tendrían apoyos inapreciables y atraerían a ellas otro soporte humanitario voluntario. Aislados, todos esos esfuerzos son incapaces de realizarse ampliamente, porque la vida autoritaria va por su camino ignorándolos, obstaculizándolos y combatiéndolos. Reunidos libremente formarían quizás el primer escalón del mundo del porvenir.

Pero parece que estamos lejos de eso. Recordémosnos de las palabras de Ettore Molinari escritas en 1920 en su estudio sobre los "Factores económicos del éxito de la revolución social", que es indispensable que ésta "no sea continuamente postergada, porque la burguesía aumentará cada vez más sus medios de resistencia, haciendo la lucha más violenta y acrecentando el número de las víctimas sin que sean disminuidas otro tanto las dificultades en perspectiva de una amenaza de penurias de alimentos y de productos manufacturados"... Recordémosnos donde estaban el fascismo, la racionalización, la organización y la militancia obreras entonces, en 1920 en el momento de la ocupación de las fábricas en Italia, y donde están hoy... Es muy fácil decir: el tiempo trabaja por nosotros; sería más prudente suponer — hasta la prueba de lo contrario — que hoy el tiempo parece trabajar más bien contra nosotros; cada año que corre, publicamos algunos libros, folletos, periódicos y hojas, etc., pero en países grandes como Rusia; una esperanza de la revolución en otro tiempo, como Italia, *todo niño* es entregado año tras año a una educación y a un adoctrinamiento y un adiestramiento sea bolchevista, sea fascista cada vez más perfeccionado, refinado, intensificado. Y en todo el mundo *casi cada obrero* es adscripto a un trabajo más duro, más monótono y deprimente y su nivel de vida baja y el temor a perder su trabajo la ensombrece. Y casi cada familia tiene su mentalidad moldeada por lo que los capitalistas le muestran mediante la prensa vulgar o le soplan al oído por radio o por lo que los socialistas autoritarios le cuentan para hacerle continuar patinando sobre el mismo lugar, para votar y para cotizar. Los capitalistas que estaban en trances bastante duros en algunos países hace diez años, pueden decir con más verosimilitud que nosotros: ¡el tiempo, estos diez años al menos, han trabajado para nosotros!

—(o)—

Espigando

LUJO Y DESOCUPACION

La "Park Avenue Association" acaba de publicar en el N. Y. Times y "The World", una estadística que no resistimos de darla a los lectores. La "Park Avenue" es una de las avenidas arboladas más famosas de Nueva York, la más sana y limpia; en cuyas aceras se hierguen atrevidos palacios de mármol de sobria arquitectura y donde el lujo y el derroche tienen su cuna predilecta.

"Las 4000 familias que viven a lo largo de la Park Avenue, entre las calles 34 a la 96, gastan anualmente más de 280.000.000 (doscientos ochenta millones!) de dólares anualmente; o sea más de 70.000 por familia. Solamente en trajes de señoras se gastan en la famosa vía, 50 millones; en pieles, 19 millones; en restaurantes y cabarets, 10 millones; en autos, 10 millones; en sombreros, 7 millones; deportes, 7 millones; embellecimiento, 14 millones..." La revista, que está bien enterada, consigna 15 millones en licores y 5 millones para obras de caridad, hospitales, asilos, etc.

Lo que quiere decir que, cada 24 horas, se derrochan 192 mil dólares en trajes, 27 mil en deportes; y la décima parte en el deporte de la caridad cristiana...

Hay, sin embargo, a pesar de estar a la entrada del invierno, 4 millones de hombres y mujeres sin trabajo en los Estados Unidos; los unos, ingresan a la cárcel y se alistán y enganchan en el ejército y la armada imperialista, para "ir tirando"; las otras, las infelices mujeres, se prostituyen para vestir al día y comer. La industria arroja más de 25.000 heridos e inútiles todos los años; más de 7 millones de niños de 8 a 18 años emplea la industria, atrofiándose en talleres infectos en vez de instruirse en los colegios. ¡América, América!

Y todo esto lo saben las damas elegantes de la Park Avenue; y toda esta miseria moral que corre hasta la médula la sociedad encanallada, se silencia ante el ruido ensordecedor de las máquinas y del *business*. (De "Cultura Proletaria", New York, 3 nov. 1928).

—(o)—

RACIONALIZACION

La "Division of simplified practise" integrada al Bureau of Standard americano, en cooperación con los productores y consumidores, ha *normado* un gran número de objetos de uso y caseros, es decir, ha reducido los tipos existentes a un número mínimo de tipos standard.

El número de los tipos fué reducido	de	a
Tejas	119	1
Tejidos de alambre	552	69
Plumas de acero	552	30
Cortaplumas	300	45
Jarras y otros artículos caseros ...	1114	72
Tarros para leche	49	9
Tapaderas para tarros de leche ...	29	1
Platos y demás para hotel	700	160
Colores para sombreros de fieltro para hombres	1000	9

Los efectos que puede tener económicamente la normación se demuestran por el hecho que, entre otros, los fabricantes de bicicletas después de la normación (reducción de los tipos a tres) han ahorrado en salarios 10 por ciento, en combustible 10 por ciento y en depósitos 25 por ciento (a consecuencia de la circunstancia que las ruedas se pueden almacenar más fácilmente).

(De "I 10", Amsterdam, N.º 15).

RUDOLF ROCKER:

LOS SEIS CAMINOS

EL DESPERTAR

Pasa el tiempo en vuelo veloz y año tras año se pierde en el mar de la eternidad, que se extiende sin fin en todas las direcciones en perezoso sosiego que ningún deseo perturba más.

Y algo incuba sobre el espacio y el tiempo y mira con muertos ojos el viejo juego de la muerte y la vida, del devenir y del pasar, que vuelve siempre en la circulación del acontecer.

El desierto continúa bostezando pesadamente, y el cielo gris cubre la tierra yerma, que se extiende sin consuelo hacia el horizonte, una imagen de la muerte y de la paz pétrea.

Continúa la esfinge en la arena del desierto y sueña con lejanas miradas al espacio, meciéndose en sus fríos labios todavía la enigmática sonrisa de la más profunda eternidad, que fijaron los milenios en la piedra.

Pero una vez, en una muerta noche se arranca el velo gris de niebla del cielo afligido y la luz clara de una gran estrella cae centelleando leve sobre la imagen de piedra.

El rayo de la estrella acaricia la severa frente, y un ligero fulgor refleja el rostro, que mira lleno de enigmas en la desierta lejanía, como si de allí hubiese de venir la hora.

En pálido fulgor irradia el cuerpo esbelto. Un delicado crepúsculo se abre paso de lo profundo, donde descansan seis caminantes firmemente encantados en el sueño.

De repente en la frente del primero se refleja un lánguido nimbo, un ligero estremecimiento corre por sus miembros, y lentamente se abren las pupilas, en tumecidas y pesadas.

Sus ojos ven el resplandor plateado de la estrella, que centellea singularmente sobre su frente. Levanta la cabeza entorpecida aún por el sueño, descubre la esfinge en el lánguido fulgor de las estrellas y penetra con la mirada vaga en la noche, como si quisiera conjurar algo hace mucho tiempo pasado.

Sólo poco a poco va hacia él el recuerdo. De lo más profundo del alma sube un ligero presentimiento, como aliento de espíritus en tranquila noche de luna. Ante sus ojos hay un largo camino, por el que cruzó un día el mundo, que le condujo a países desconocidos y en pos de un lejano fin, que sedujo su alma como un fuego fatuo.

Está en el desierto que le devoró un día, cuando hace muchos años, perdida toda esperanza, llegó al fin de su peregrinación terrena.

Todavía suena en su oído la extraña palabra que taladró sorda y pesadamente en su alma, cuando vió los ojos enigmáticos que miraban profundamente soñadores en la amplia lejanía, la silenciosa sonrisa de sus fríos labios, que penetraba delicadamente en

ocultos abismos y de repente paralizaba el vuelo de su espíritu.

Era como si el desierto mismo hubiese inspirado la palabra que rodó en su cerebro como una niebla que ningún rayo del espíritu pudiera iluminar. La palabra de la esfinge, que repercutió honda y enigmática en cada rincón de su alma, como el último sonido de un lejano eco.

Mira a su alrededor; es el mismo lugar, el mismo desierto que vió un día cuando cayó tras él la última cortina. País resecaado visitado por la muerte, que se foca desde hace mucho todo germen de la vida.

Pero entonces no brillaba la luz de ninguna estrella. El cielo estaba envuelto en obscuro velo y miraba sin consuelo al país muerto, como si no brillase hacia la tierra tras aquel descolorido muro ningún astro amable.

Pero ahora luce aquel fulgor de plata que ilumina solitario en la noche del desierto. Siente el ligero estremecimiento de su luz, que cae en su alma como suaves rayos y evoca pensamientos hace mucho desaparecidos.

¿Qué pasó? ¿No había salido porque su alma clamaba en pos del conocimiento, cuando hacía muchos años que trataba de descubrir en forma de anhelos el fondo de las cosas, sin poder nunca levantar la cortina que encierra tras sus pliegues todos los enigmas?

En el corazón repercuten todos los terrores que le azuzaron un día de lugar en lugar, sin permitirle en la tierra ningún punto que le pudiese aportar la redención en la hora de prueba.

Como extraño peregrino atravesó el mundo, dejó tras sí la patria, el sosiego, la fe y siguió la falsa luz de su estrella, que le condujo a lugares extraños, pero que no pudo apagar nunca el fuego de su anhelo.

Ahora advierte que el fuego no ha sido dominado, que el mismo anhelo hace latir su pecho y que del alma asciende el viejo tormento de los deseos.

Sin embargo, todo se le presenta como en otros tiempos. Un estremecimiento recorre su cuerpo. Es la luz de la estrella que suscita nueva esperanza.

Salta en pie veloz, animado por un ardiente impulso. Y llega a él como una revelación, ardiendo en su cerebro chispas luminosas.

Ve junto a él una sombra. Es el segundo a quien la luz despierta y que contempla escrutador al compañero que, como él, ha partido en otros tiempos, baido por un fuego interior hasta que lo acogió el mudo reino del desierto.

Mira al extraño silenciosamente en la cara, siente cómo su mirada penetra en sus ojos, tal si quisiera introducirse en el fondo de su alma.

Entonces toma levemente su pálida mano y le habla con tono de confianza:

—¡Don Juan, eres tú! La voz del corazón me lo dice. Don Juan y Fausto en el mismo lugar. Dos ele-

mentos que siempre se niegan y huyen uno de otro como dos polos, pues cada cual tiene su propia vida.

Don Juan, yo he soñado un profundo sueño, un sueño sobre ti y todos los enigmas que en ti se ocultan. También tú te has movido en pos de extraña huella y has seguido el impulso ardiente del corazón que te llevó ante lo hondamente enterrado en pos de nuevos lugares que nadie ha visto todavía.

También tú eras un buscador en la lejanía, que nunca encontraba satisfacción en la vida. En tu alma hierve el mismo ímpetu que en mí se contrajo en medroso anhelo.

Ahora estás delante de mí, un espíritu hermano que ha salido como yo de la generación de Cain, cargado como yo con la maldición de los tiempos. El mismo fuego que consume mi espíritu, arde en ti y no te deja descansar nunca. También tu alma está sedienta de conocimientos y dirigió siempre los ojos hacia lejanos milagros.

Cada cual hemos seguido un sendero distinto; hasta nuestras sombras huyeron una de la otra, y si la una avanzaba hacia media noche, la otra seguía su camino por la tarde.

Mi mirada estaba encantada en lo eterno. Huí de lo efímero del ser, que me pareció ocultar lo más profundo, los sentidos sólo se recrean en la superficie, para que el espíritu no penetre en lo oculto, donde dormitan en silencio oscuros enigmas.

Para ti lo terreno era el supremo objetivo. De lo perecedero manó para ti el cuadro de la vida que en vano trataste de fundamentar. El ímpetu de la carne fué para ti una potencia del destino, el más profundo enigma de todo devenir.

Lo que yo buscaba en el espíritu, lo buscabas tú en el instinto que dormita profundamente en el abismo de nuestras almas y evita el sentido alerta de la razón. Allí donde hierven en lo más hondo tristes fuerzas que no se expresan nunca en palabras, allí está el reino ilimitado del instinto.

Aquí actúa el mudo impulso creador de la carne y se burla de todas las reglas de la razón y de toda norma que inventa astutamente la reflexión.

¿Qué era lo que te llevó de cáliz en cáliz y excitó insaciadamente tus sentidos? ¿Quién produjo aquel ardiente impulso en ti, que despertó el fuego salvaje en tu corazón y la exigencia furiosa en pos del pecado?

¿Era sólo la mera alegría del placer, el frágil anhelo tras el favor de la hora, que no deja tras él rastros de dolor, como el humo y el sonido se desvanecen rápido en el espacio?

No, lo que te atraía y te seducía siempre era la curiosidad en pos de la razón de la vida, del enigma que brilla en los oscuros abismos y que tejó tu espíritu con hilos encantados.

Lo que yo he buscado al otro lado del espacio y del tiempo, lo buscaste tú en el ardor de los labios de fuego. El salvaje clamor de la más profunda pasión, el ardor de la carne en la locura del sexo, el ímpetu de los miembros que pide redención, que engendra ardientemente e incuba nueva vida, esa era para ti la razón más profunda del enigma.

En pro de ese enigma te has esforzado y has tratado de desenmarañar los hilos enredados que tejan oscuros instintos. En cada gemido suscitado por el placer, en cada mirada en la que ríe la voluptuosidad, en cada fiebre que invadió el cuerpo, embriagó los sentidos y daba gritos de júbilo en el dolor, intentaste descubrir la huella leve para ir al fondo de toda existencia.

Eras un buscador lo mismo que yo, sólo que tus

ojos siguieron en pos de otras huellas, que al fin te condujeron al mismo desierto, donde la esfinge sueña su profundo enigma.

Entonces le habla el otro como iluminado por el espíritu:

—Me parece que he soñado mi más profundo sueño. Ahora se me aclara tu naturaleza, la naturaleza de Fausto que no pude comprender nunca.

Ahora veo claro que somos del mismo tronco; pero aunque hemos seguido diversos caminos, nos ha conducido el mismo hondo rastro que a cada cual inspiró según su manera de ser.

Tú tratabas de separarte de lo terreno para que el espíritu, libre de toda carga, entrase en el propio reino a fin de descubrir tras las figuras de este mundo el gran Cómo de las cosas y de despejar el Por qué de las envolturas.

Así te llevó tu camino primero a Dios, que debía abrir su reino a tu espíritu y encender un fuego en la noche para que tus ojos vieran claro y hondo lo más lejano y lo más próximo de todo ser.

Y cuando se mostró sordo a tus súplicas y no abrió las puertas a tu espíritu, que conserva como la tumba su más profundo enigma, la desesperación te llevó al reino de Satanás en el que debía llegarte de él el conocimiento que anhelabas en tu más hondo tormento.

Pero tampoco se revelaron los enigmas. Lo que descubriste fué tu propio yo. Así fuiste entontecido por el propio retrato y oíste sólo el eco de tus deseos.

Hasta que comprendiste el loco juego que se alimentaba de los jugos de tu vida. Y era demasiado tarde, el desierto bostezaba ya. Pero aun cuando nunca llegaste al conocimiento, tu esfuerzo no ha sido vano. Si no viste el rayo de luz en todas las tinieblas que nos rodean, tu aspiración queda como herencia de aquel ardiente anhelo del que surgirá el reino del espíritu, para las futuras generaciones.

Pero yo estoy ligado a este mundo, a la transitoriedad de la existencia terrestre, que viene como las nubes y pasa veloz, como si jamás ojo alguno la hubiera contemplado.

Lo que he buscado sucumbe conmigo. Ningún heredero llora sobre mi tumba, pues todo lo terrestre, la obra de los oscuros instintos es deshecha por el tiempo y cae en polvo.

Y no quedará más que aquel sublime impulso que se une al todo, a la eternidad, que escapó al reino de lo transitorio.

Y, sin embargo, sube de mi pecho un presentimiento como si sintiera la proximidad de un nuevo reino, un nuevo reino donde el espíritu y el instinto se encuentran, besándose lo pasajero con lo eterno. Tal vez...

—El mismo presentimiento invade mi corazón. Di, hermano, ¿sientes la luz de aquella estrella? ¿No llega a ti como una revelación, como si hubiera de realizarse lo hondamente anhelado?

De mis ojos caen como escamas y todo lo terrestre se me convierte en un símbolo de la gran eternidad que lo abarca todo. Tan sólo si el hombre en su ardiente impulso toca las raíces ocultas del instinto, se unirá la pasión de la carne al espíritu.

La transitoriedad no es un desvanecimiento en el espacio, pues toda muerte no es sino un transformarse y encierra lo profundo de toda eternidad. Cuando cae el último velo de la tierra, entonces se realizará el gran milagro. Entonces verán los ojos el puente que une lo terrestre con lo eterno.

No es bueno rondar solo en la lejanía. En los ventisqueros helados tiritita de frío también el espíritu,

porque le falta el hervir del instinto. También en las proximidades se oculta un mundo, y los prodigios se amontonan sobre los prodigios allí donde dominan las oscuras fuerzas del instinto y lo nunca conocido gira en su círculo.

Entonces se habría cumplido la carrera del destino, y Fausto y Don Juan se dan la mano. En el espíritu se refleja el impulso de la carne, y la luz abarca el obscuro reino de los instintos. Como en la gota de rocío se refleja el cielo, así irradia en lo terrestre lo eterno. El prodigio se acerca — los tiempos han llegado.

Y la luz de la estrella se vuelve cada vez más clara, en el lejano oriente se anuncia un pálido fulgor.

* * *

El tercer caminante levanta la cabeza. La blanca frente es rodeada de clara luz y en los ojos brilla un fulgor suave, como si quisieran conjurar lo pasado que murió hace mucho en el alma.

Mira a su alrededor, todavía medio en sueños. De repente llega a su oído como un ruido de hierros. Un caballero se levanta de la arena del desierto y mira transfigurado hacia aquella luz estelar que ilumina desde lo alto del cielo el desierto.

Ahora se recuerda poco a poco, y de lo profundo salen las pálidas sombras que un día cruzaron el camino de su vida. Ve en espíritu los nebulosos cantos escandinavos y de la lejanía llega el grito del padre como el último aliento de un débil eco.

Ve de nuevo aquel largo camino que siguió hace mucho tiempo una vez hasta que llegó al borde del desierto. Un ligero sonido llega a su oído alerta, la última voz que ha oído una vez cuando la esfinge presentó su silencioso enigma.

¿Pero quién puede ser aquel caballero?

¿Qué es lo que lo trajo a este lugar muerto, que parece cargado con la maldición divina? Alguien así había cruzado por su camino, pero aquel no lo había visto nunca.

Y, sin embargo, le parece la figura tan familiar como si hubiera salido de su cerebro y estuviese ligada al propio ser. Piensa y piensa, pero le falta todo rastro que pueda resolver el enigma del extraño.

De repente siguen sus ojos la mirada transfigurada del otro, que contempla aquella estrella, y recibe como una revelación.

Cuando se adormeció allí hace muchos años tuvo un sueño, un sueño angustioso, torturante, profundo y grave. Vió extenderse el desierto sin esperanza y mudo hasta el borde gris del cielo. Tan desconsolador era el vacío a su alrededor que se le paralizó el corazón en el pecho y su alma suspiró torturada.

En mortal temor hizo girar su mirada para advertir en alguna parte un signo de esperanza. En vano, el desierto bostezaba pesadamente, cayendo como una losa de plomo en torpo a su espíritu.

Vió cómo el cielo bajaba sobre él lentamente a la tierra. Un frío espanto le invadió el corazón, sintió cómo latía la sangre en sus venas, vió extenderse hacia su cuello manos estranguladoras.

Su cuerpo suspiraba bajo un tormento mortal, en fríos estremecimientos se retorcián sus miembros, y el corazón latía jadeante en su pecho.

De golpe vió crecer lentamente de lo profundo en el lejano horizonte una sombra. Y la figura se le volvió cada vez más clara, cuanto más se acercaba el extraño al punto terminal. Era un caballero de triste figura, que apenas se sostenía en su cabalgadura, que se escurría sin fuerza por la arena del desierto.

Por fin cedió el hechizo en su pecho y experimentó

como una redención. Vió en sueños al caballero junto a él, hablándole de sus grandes hechos, y todo temor desapareció de su corazón.

Ahora está la figura del sueño ante la mirada alerta, el mismo caballero que ha visto un día; sólo que el rostro delgado aparece tan luminoso como si hubiese surgido en el espíritu una nueva luz.

Con una ligera sacudida se levanta, va hacia el caballero con paso liviano y le pone la mano en el flaco brazo.

El extraño le mira en la cara, sin mostrar en los ojos ningún asombro, tal si hubiera presentado su proximidad.

—¡Bienvenido, Hamlet, hermano de mi pena! Dormí y soñé un profundo sueño, en el que volvía siempre tu sombra hasta que tu naturaleza se me hizo tan familiar como si hubiese salido de mi propio espíritu.

¡Bendita sea la hora que sonó cuando la luz de aquella estrella deshizo el encanto que nos paralizó tantos años! Dos hermanos ambulaban por lejanos caminos y se reunieron en el mismo punto.

—Así es, noble caballero Don Quijote. En profundo sueño me apareció tu figura, cuando mi alma gemía bajo una tortura mortal. Tú deshiciste el encanto que me rodeaba y un rayo claro cayó en la noche de mi alma.

Toda mi vida me he esforzado por encontrar luz en las tinieblas que se extienden en torno al sendero de nuestra existencia. Pero cuando un muerto me dió la certeza y me mostró las huellas de llama de la verdad, el conocimiento paralizó mi energía y mi mano se volvió débil para el hecho furioso.

Tuve el conocimiento, pero no el valor que debía impulsar la mano a la acción. El gusano de la duda carcomió profundamente en mi pecho, destruyó la dura necesidad de mi voluntad y me convirtió en una caricatura de mí mismo.

Así el conocimiento fué para mí como un vampiro que chupó la sangre de mi corazón, aplastó la energía impetuosa de la vida hasta que yo mismo me convertí en un fantasma.

¿Cuán distinta habría sido para mí la vida si me hubiese animado sólo una partícula de tu valor! Tú no preguntaste nunca por el favor de la hora, ninguna temerosa duda paralizó tu brazo, siempre has seguido el noble impulso para la acción.

Tú has vivido, yo sólo he soñado, pues la vida sin la acción es semimuerte. Tan sólo por la acción habla claro la voz del espíritu.

—Me parece que no ves claro el fondo de las cosas — le interrumpe apresuradamente el caballero. — ¿De qué vale la acción si falta el conocimiento, la acción que no es fruto maduro del espíritu? La acción sola es una nuez vacía, mientras el espíritu no le muestra el camino en el que se forma tan sólo el sentido del obrar.

Es verdad que yo siempre estuve dispuesto a la acción, pero no se me apareció un padre muerto que me diese el conocimiento y el fondo de la verdad. Así mi acción fué consagrada sólo al escarnio, la maldición de la locura siguió mi huella y privó a mi acción del verdadero sentido.

—Sin embargo, fuiste feliz porque estuviste libre de la duda. Tu naturaleza es de una pieza. No sentiste la burla del mundo estúpido, y tu alma no supo de la malicia.

Pero en mí el núcleo de la esencia se ha roto, porque el pensamiento huyó siempre de la acción y me hizo como una pelota de oscuras potencias. La voz del padre estaba siempre en mi oído, pero no me fortaleció nunca la mano para la acción. Así nutrí la

tortura en mi pecho y me reveló la propia debilidad. Quedó en mí de esa manera el veneno furioso de la mentira para aturdir la voz de la conciencia. Mi cerebro inventó máscaras de ideas para ocultarme la debilidad de la voluntad. Busqué consuelo en muertas teorías; para desfigurar el conocimiento con bastidores, vestí la túnica del filósofo.

Pero no me quedó más que el dolor, que no fué apaciguado nunca, hasta que el propio retrato se me hizo antipático y apenas volvió a resonar la voz del padre.

El conocimiento, me parece, es la muerte de la voluntad. El que sabe demasiado, siente la carga de la vida. Pesa y pesa, hasta que se olvida de la acción y le huye el reino de la realidad.

—Quizás era realmente para ti una carga demasiado pesada. Tu saber te privó del valor para la acción. Y, sin embargo, el conocimiento debe alumbrar como una antorcha, para que se cumpla la obra del futuro.

Me parece que oigo un ligero aleteo. Un nuevo comienzo de todas las cosas se aproxima. Di, Hamlet, ¿no sientes como un presentimiento en el pecho, como si hubiese de surgir un nuevo mundo?

Cuando Don Quijote y Hamlet se encontraron, el caos se forma en mundo nuevo. Del conocimiento mana luego la acción, y todo acto lleva la energía del espíritu.

Del espíritu nace la voluntad, de la voluntad la acción. Del espíritu y la voluntad surge el impulso creador y el espíritu y la voluntad se encuentran en la obra. Por el espíritu y la acción pos llegará el nuevo reino.

El propio espíritu se crea la propia espada para resistir las potencias del destino. ¡La gran hora llega, se acerca la roja aurora!

¿Es ese el rumor de una nueva época? ¿Se transformará el sueño en realidad? ¿Fecundará por fin Hamlet el espíritu del caballero y Don Quijote le prestará su voluntad?

¡No cabe duda, el gran cambio se acerca! Al noble caballero le suena la voz del padre para que su corazón comprenda la horrible verdad, mientras que el príncipe Hamlet monta a caballo y dirige sus pasos hacia el Toboso.

¡Ved cómo brilla en el cielo el resplandor de las estrellas! Su clara luz llega al fondo del alma, y a lo lejos, en Levante, se anuncia el rojo fulgor.

Del profundo sueño se despierta por fin el monje.

Maravillado abre las pesadas pupilas y ve sobre él inclinado un rostro, que le mira tiernamente.

Los grandes ojos despiden cálido fulgor, que se vierte en el alma como un bálsamo y despierta el ligero anhelo del recuerdo.

Siente la presión liviana de la mano extraña y le invade una tranquilidad de bienaventuranza. Ese es el sosiego que había buscado en día. Todo le parece tan raro y tan extraño y sin embargo tan familiar como si fuese un cuadro de su lejana juventud.

De golpe oye cómo el otro le habla:

—Medardo, hermano, ¿despertaste ya? ¿Ha tocado tu corazón la luz de aquella estrella, ha limpiado tu alma de sombras? ¿Sientes el gran milagro del tranquilo devenir, como si hubiera de nacer un nuevo mundo? ¿Me reconoces? ¿reconoces al que ambula por aquí?

—Te conozco, imagen de mi sueño. Me parece que fueses mi nuevo yo, que sale de las tumbas hacia el sol.

—Enrique, he soñado un profundo sueño, un sueño

sobre tí y toda la eternidad, un sueño tan raro y extraño como no ha sentido otro nunca mi cansado corazón.

Era hacia media noche, yo me encontraba solo con el miedo de mi alma, rodeado de tumbas. De repente ví cómo se estremecían todas las piedras y se precipitaban en ronca caída.

Y de los nichos subían sombras, de las que se formaban espantosamente espectros que me hacían muecas en salvaje escarnio. Cada cual tenía una figura distinta, pero todas parecían familiares a mi espíritu.

Ví que en cada una vivía una parte de mí; todas eran fragmentos de mí yo, pero cada cual tenía su propio camino, de modo que no podía formarse nunca un todo.

Entonces se agarraron velozmente de la mano y giraron a mi alrededor, hasta que casi me hicieron perder los sentidos. Sentí cómo mi corazón amenazaba saltar y cómo el miedo me hizo poner los cabellos de punta.

Sobre mi pecho había como una roca. Quería gritar, pero no pude. Había en mi garganta como unas tenazas que no dejaban escapar ningún sonido.

Sentía ya cómo se me desvanecían los sentidos, cuando de repente estuvo tu figura ante mi alma. Estabas fuera del loco círculo y extendías los brazos hacia mí. La opresión cedió en mi alma y el grupo de los espectros palideció.

Traté de coger tus manos y aspiré hacia tí con toda la fuerza, pero ví que no podía aproximarme. Los espectros estaban todavía entre nosotros, y sentí el cálido fulgor de tus ojos que irradian profundamente en mi alma.

Presentí entonces de dónde habías venido y supe que un día llegaría la hora en que nuestras manos se estrecharían.

Salud, pálida luz de las estrellas que me despiertas a una nueva vida. Ya llegan lejanos sonidos a mi oído, anunciándome un nuevo reino.

—¿Oyes el son que llega de la lejanía? Pronto se abrirán las puertas del nuevo reino.

Medardo, hace mucho que te conozco. Antes de haberme recibido el desierto, me persiguió tu sombra por todas partes.

Cuando encontré un día la flor azul y mi alma se meció encantada, vieron mis ojos la sombra de un monje que cayó mudo sobre la flor anunciando desdichas y desapareció veloz como había venido.

Pero tu naturaleza era extraña a mi espíritu. Sólo que presentía lo que ocultaba tu interior, que rodeaba hostilmente la luz de mi estrella. Temblaba cuando te veía en sueños, y mi alma se estremecía en gran aflicción.

Sin embargo ahora he penetrado tu esencia. Ante mis ojos está claro tu profundo pesar. Veo los espíritus que te hostilizaron y te desgarraron el alma en el pecho.

Has buscado la raíz de tu yo, que en vano has tratado de descubrir. Así te convertiste en el centro del mundo para tí, nada más estaba ante tus ojos, y cada cosa era para tí el espejo de tí mismo.

Sentías sólo el tormento del propio dolor y la dicha de tus propios deseos y edificaste altos muros en torno a tí, donde habitaste solo con tus sombras.

Pero yo seguí otra huella y no busqué nunca el fondo de mí sér. Mi corazón abarca siempre el mundo entero. Ví el gran dolor de los hijos de la tierra y quise redimirlos de la penuria.

En mi alma ardió todo tormento que encadenaba al grupo de mis hermanos. Todo el lamento de la generación me invadió y todo el dolor que se queja

a través de los tiempos, pero también la esperanza de un nuevo reino, que pondrá un fin a todos los tormentos de la tierra.

Así busqué el valle de la flor azul, que he visto muy frecuentemente en sueños. Allí estaba la clave del nuevo reino, cuyo advenimiento cantaba a los hermanos.

El camino me llevó por extraños países, y la decepción siguió mis pasos. Pero tuve firme el objetivo ante mis ojos, hasta que encontré el lugar tanto tiempo buscado.

Tuve la clave en mis manos y la más profunda felicidad invadió a mi corazón. La época del gran dolor había terminado y ante mí estaba el reino milenario que ha sido el más lejano objetivo de mi anhelo.

Pero cuando llevé mi tesoro a los hombres, la flor azul se había marchitado y los muros de mí fe cayeron en ruinas. El sublime sueño del poeta había terminado y el frío del invierno penetró en mi alma. Entonces presentí de nuevo la proximidad de tu sombra y sentí cómo el monje estrangulaba al poeta.

Pero hoy se me ha vuelto todo claro. Ningún salvador puede ayudar a los hijos de la tierra. El espíritu libre se crea su propio derecho. Tan sólo cuando en todo corazón arda el anhelo, el gran anhelo en pos del nuevo reino, caerán las barreras que nos separan.

Ningún elegido puede romper las cadenas, el hombre debe convertirse en redentor, en libertador del pesado yugo de la servidumbre. La acción, tiene que surgir de todos los corazones, tendiendo los puentes hacia un nuevo mundo y llevando en alto el estandarte altivo de la libertad.

—Y sin embargo cayeron bendiciones sobre tu obra. Te encontraste en los demás, y tu anhelo irradió chispas luminosas, que iluminaron el día por las tinieblas.

Pero yo he quedado lejos de los otros y fui un extraño entre los propios hermanos. Busqué en mí mismo al mundo entero y seguí mi yo por la noche y el espanto, hasta que las furias de la feroz locura me dominaron.

Nunca pensé en redimir a los otros, pues yo mismo no podía hallar redención, redención del tormento del propio yo.

¡Oh, Enrique, terrible es la tortura humana que sólo se ocupa de ella misma y no siente nunca el calor de otras almas, el querido "Nosotros", en el que se encuentra el "Yo".

Cómo un proscrito, cargado con la maldición arrastra su existencia por las callejuelas de la vida y lucha con los fantasmas que suscita.

Feliz el hombre que vive en los otros y lleva en sí la alegría y el dolor de los hermanos. La redención no puede venir más que del Nosotros.

—Medardo, ¿no ves cómo desaparece el crepúsculo? Me parece que surgirá para nosotros un nuevo día.

Hemos buscado a dios por dos caminos distintos, hasta que el destino nos reunió aquí. Ahora sabemos que la hora ha sonado. Del monje y del poeta surgió un nuevo vástago que florece en pos de un mundo nuevo.

No es bueno olvidar a los otros, pero es falso eludir el propio yo. Como los átomos se encuentran en el todo, así vuelve a encontrarse nuestro Yo en el Nosotros.

Pobre es el amor que no piensa más que en él

mismo, pero la enajenación del yo no puede redimir nunca a los hijos de la tierra. Tan sólo en la alianza nos sonríe la dicha de la vida.

La comunidad es la aurora de la libertad. En la alianza florece el verdadero Yo. Aquí prospera la justicia y el amor fraterno, en donde se desarrollan los instintos de la voluntad y cada cual encuentra las raíces de la propia fuerza.

El nuevo reino está abierto a nuestras miradas. La estrella que nos ha despertado palidece, y el nuevo sol sale ardiente.

Salud, mañana de la promesa. El gran prodigio se acerca, suena la hora!

En el Oriente brilla la púrpura del cielo y el sol sube radiante de lo profundo. Ha desaparecido el muerto reino del desierto y una verde región se extiende hacia el horizonte.

De escarpadas rocas brotan claros manantiales y el valle, en cuyas corrientes refleja el cielo el brillo azul de su magnificencia, se ensancha soñadoramente hacia el mar.

Ahora aparecen ante la esfinge los seis, se tienden la mano en firme alianza. Los ojos se dirigen hacia el mañana, que irradia sobre un nuevo reino.

Un sacudimiento conmueve la piedra muerta y poco a poco se desprenden los miembros esbeltos de la vieja esfinge que reinó allí milenios. Sus ojos no miran ya en la lejanía. Un cálido fulgor brota de su rostro y la boca fría se abre lentamente.

—Seis caminos os condujeron a las puertas de mi reino. Cada camino ocultaba otra huella, pero conducían sin embargo al mismo objetivo. Mientras cada uno siguió la propia huella, no pudo descifrar mis enigmas. Pero ahora se encuentran los seis aliados y cada cual se siente penetrado por los otros. Las partes constituyen un Todo.

El viejo enigma oculto en mí, ha sido resuelto— los tiempos han llegado. La justicia y la libertad se encuentran en la unión.

La vieja figura de piedra cae en ruinas mohosas, y una flor maravillosa, azul y tierna, surge en el lugar donde imperaba antes.

De repente se abren las puertas del nuevo reino. El hombre nuevo entra en la tierra nueva, y desde el cielo resuena jubilosamente.

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

PAUL GIRARDIN y JEAN BRUNHES

Concepciones sociales y geográficas

La vida y la obra de Eliseo Reclus (1830-1905)

IV

Eliseo Reclus pasó los últimos diez años de su vida en Bruselas. Se podría caracterizar este período: una orientación hacia la cartografía, concebida como la base científica y el instrumento de difusión de la geografía. Siempre se había preocupado de hablar a los ojos, y los dos volúmenes de "La Terre" constituían en un tiempo en que faltaban los mapas, un verdadero atlas de geografía física repartido en el texto, algo en francés del género del *Berghaus*. No había menos de 51 mapas de colores, de 437 mapas o esbozos en el texto, entre ellos reducciones inéditas de numerosos mapas y del atlas de los heleros del Souklax. Los 19 volúmenes de la "Nouvelle Géographie Universelle" están ellos también ricamente provistos de documentos cartográficos que redoblan su valor. No sólo hay figuras, dibujos, reproducciones de fotografías, etc.; hay también una multitud de cartones — millares — con la indicación exacta de las longitudes y de la escala. También las mejores obras generales aparecidas en Alemania y en América en estos últimos años, son menos ricas que la de Reclus en muestras cartográficas y topográficas. Esta preocupación por expresar y representar la realidad marcaba sobre todo en aquel tiempo una verdadera revolución en los estudios geográficos; el que dice en efecto geografía, y geografía científica, debe decir ante todo localización rigurosa de los hechos:

Entre todos los que han sido colaboradores de Reclus, como dibujantes y como cartógrafos, es justo nombrar a uno de los más constantes y fieles, Charles Perron, de Ginebra. Queriendo aquí recordar de un modo científico y preciso al mismo tiempo esta colaboración de tantos años, hemos insistido ante el señor Perron para que quisiera darnos un resumen por escrito de la historia de sus relaciones con Eliseo Reclus. Nos permitimos aquí publicar tales como vienen sus informaciones:

"Había conocido a Reclus en casa de su familia, en 1861; desde entonces habíamos estado en correspondencia y le volví a ver en Londres, luego nos habíamos perdido de vista. Renové las relaciones con él en 1876, ofreciéndole mis servicios para dibujar los hábitos, vistas y otras viñetas como aquellas que había visto en el primer volumen de la "Nouvelle Géographie Universelle". Me dijo que tal trabajo no le concernía, sólo el dibujo de los mapas era de su incumbencia, y me preguntó si podía hacerlos. ¿Por qué no? Probé, copiando un pequeño mapa manuscrito, una pequeña obra maestra de Wolfbeyer, el verdadero autor del dibujo del mapa al 1:100.000 de Suiza, aunque no se mencione su nombre. Reclus quedó satisfecho y me establecí pronto en Vevey, donde habitaba él entonces.

En aquel tiempo Reclus pedía a sus dibujantes (yo era el tercero) dibujos cartográficos destinados a ser reproducidos con la incisión, de la cual, a decir verdad, no estaba siempre demasiado contento. La incisión era cortada y un poco inclinada y, hecha en París, lejos de sus consejos, no reproducía como él deseaba lo que en ciertos mapas quería poner más de relieve. Pero, ¿cómo llegar a hacer mejor?

Se estaba en el tercer volumen cuando tuve ocasión de ver dibujos a pluma reproducidos con el procedimiento Guillot. ¿No se podría con ese procedimiento suprimir la incisión de los mapas? Hice alguna tentativa que pareció poder ser utilizada. A decir verdad, aquellos primeros ensayos no eran bellos, al contrario, como cada cual puede juzgar. La dificultad estaba en hacer buenos "grisés", sin lo cual en este género de cartografía no es posible indicar las profundidades máximas, ni hacer mapas de estadística como aquellos en que yo he marcado según un método nuevo la densidad de las poblaciones (método que por error de Reclus atribuyó a otro cartógrafo). El instrumento entonces adoptado para trazar las líneas sobre la piedra y sobre el metal no podía servir en el papel. Hice hacer el instrumento que está hoy en manos de todos los cartógrafos: se compone de una simple regla de acero, dividida en el borde como lo están los metros y contra el cual se mueve una escuadra de ángulo modificable, provista de un resorte que, resbalando sobre la regla, cae al pasar sobre cada milímetro. El ángulo más o menos abierto de la escuadra, unido al número de los milímetros recorridos entre cada detención de ésta permite aproximar o alejar en una cantidad querida los rasgos de los "grisés". No fué sino al comenzar el quinto volumen, después de las lecciones de la experiencia, que el dibujo manuscrito, reproducido con el método Gillot, sustituye casi completamente a la incisión en los mapas del texto. Es aproximadamente hacia esa época cuando mis colegas volvieron a París, uno porque le había sido ofrecida allí una situación más conforme a sus gustos artísticos, el otro por razones de familia.

Así quedé el solo encargado del trabajo. En Vevey, como durante la permanencia en la montaña, yo iba todos los días a casa de Reclus por un momento. Le llevaba mi trabajo, recibía sus instrucciones para los nuevos trabajos y leía sus páginas manuscritas para adaptar bien los mapas al texto. Bien pronto Reclus siempre el mejor de los hombres, me proporcionó el placer de ir a hacer mi trabajo a Ginebra. Desde entonces no fui más que una vez por semana a pasar el día con él, en Clarens, y cuando se estableció en Seves, no lo vi más que una vez por mes. El hábito del trabajo común, ayudado por la lectura del texto en pruebas y la correspondencia activa, ha hecho que

la cartografía no tuviese mucho que sufrir por la menor frecuencia de nuestros encuentros.

Reclus y yo teníamos siempre cuidado de no hacer decir al mapa más que lo que debía decir, evitando toda demasia y teniendo presente sobre todo la claridad. Con tal fin habíamos adoptado dos géneros de escritura: la escritura pendiente para las cosas de la naturaleza, la escritura derecha para los trabajos del hombre. Para ambas habíamos adoptado las letras en lanza, mucho más clara y legible que las letras de hilillo. Por lo demás, siempre variable, según la naturaleza del dibujo, nosotros nos remitíamos a la guía de sencillez y de buen gusto que no era difícil de alcanzar con el juicio seguro de un artista como Reclus.

Yo creo que la iniciativa era buena, pues nuestra cartografía, si no me engaño, ha hecho más o menos escuela".

Reclus ha encontrado, por lo demás, en la célebre e inteligente casa Hachette, hombres capaces de comprender la legitimidad de estas tendencias y de asegurar su realización. Es uno de los méritos indirectos pero muy reales de Eliseo Reclus el haber contribuido por su parte a impulsar a Hachette a consagrar más de un millón a la creación y a la organización del Instituto geográfico de su librería. Y si se piensa que el director de este Instituto geográfico no es otro que el habilísimo cartógrafo Franz Schrader, ligado a Reclus no sólo por fuertes y nobles sentimientos de admiración y reconocimiento, sino por lazos más estrechos de parentesco, se comprende lo que el gran geógrafo ha hecho para desarrollar y popularizar la cartografía científica.

A partir de 1895, Eliseo Reclus quiso ocuparse todavía más de perfeccionar y diversificar los medios de expresión del mapa, y con un empleo juicioso de las tintas, con una gama más rica de difumaciones, con un alfabeto más abundante de signos convencionales, hacerle decir todavía más.

Recordemos los modelos de mapas a colores que dió en "L'Empire du Milieu" y en "L'Afrique australe", reediciones simplificadas y postergadas de los volúmenes correspondientes de la "Géographie", y en particular una "Carte économique" de China, donde se asocian 17 tintas diferentes sin confundirse. Quería elevar los mapas económicos y etnográficos, los más descuidados hasta entonces, al grado de perfección de los mapas físicos. Con tal fin, continuó teniendo próximos a algunos de los cartógrafos que había reunido para el dibujo de las tablas de la "Géographie"; y todos juntos buscaron procedimientos materiales de ejecución capaces de fijar y de reproducir industrialmente aquellas escalas de colores.

Pero el papel mismo fué juzgado insuficiente, para dar la impresión verdadera del relieve. Además, y nosotros hemos recogido de labios de Reclus mismo este argumento, se corre el riesgo de falsear la idea del muchacho. ¡Sus escrúpulos veían allí una falta de sinceridad! Se puso entonces a construir relieves, de los cuales se pudiese sacar copias, como con los mapas; y de las prensas del Instituto cartográfico salieron aquellos maravillosos relieves en metal estampado en donde la economía del procedimiento no excluye la impresión de arte. Pues bien, tampoco esa imagen de la tierra, aunque puesta en relieve, aunque conservando las mismas proporciones entre las alturas y la superficie, era bastante sincera a sus

ojos, porque la tierra es redonda, toda porción del terreno en curva, mientras el plano del relieve es derecho. Así llegó a concebir la idea de construir un atlas de mapas en relieve, donde los accidentes terrestres tuviesen sus verdaderas proporciones y estuviesen subordinados a una curvatura general que reprodujese la de la superficie terrestre. Esas hojas metálicas, encartonadas unas a otras, habrían formado un atlas que sería el desarrollo de la superficie de la tierra. Toda escuela, aunque fuese primaria, podría poseer así, en un pequeño volumen, a precio económico, una imagen sincera del planeta. Pero esa imagen será tanto más fiel cuanto más se aproxime a las verdaderas dimensiones; y es por eso que Reclus, impulsado por la lógica de su idea, formuló el proyecto de un globo gigantesco que habría debido figurar en la exposición de París en 1900. ¡Qué buen medio de propaganda para la geografía habría sido! Así, en Reclus, la inspiración permaneció siempre una: la idea científica dada por base a una idea moral y a una idea de propaganda. A pesar de su edad, escribía y viajaba sin descanso para hacer triunfar prácticamente su idea.

El hombre era tal como nosotros nos complacemos en representárnoslo: tan sencillo en la vida como para contentarse con muebles de madera blanca, y sin otros bienes que sus libros; tan desinteresado que distribuía a los pobres todo el dinero que ganaba con sus publicaciones, y no conservó nunca más de un día las medallas de oro que le eran adjudicadas.

Su obra ha engrandecido, a medida que se publicaba, el tesoro de la literatura francesa, pues este escritor ha permanecido constantemente fiel a su ideal de belleza, y fué un artista al mismo tiempo que un sabio. Ocurrió con él como con Ratzel: su sentimiento estético se había desarrollado y refinado con los viajes; como aquél, Reclus no separaba de la ciencia rigurosa el arte de la descripción que es en tan gran medida, especialmente en geografía, el sentido de la vida.



E. MALATESTA

La Internacional en Italia

(Prefacio al libro de Max Nettlau: BAKUNIN E L'INTERNAZIONALE IN ITALIA DAL 1864 AL 1872)

Los años de que se trata en este libro, si no fueron, en la vida de la Internacional italiana, los más ricos de acontecimientos clamorosos, no por eso dejan de ser los más interesantes de su historia, porque fué en aquel período cuando se elaboraron y se fijaron las ideas y los propósitos que explican todo lo que aconteció luego en Italia, no sólo en el seno de la Internacional propiamente dicha, sino también en el movimiento anarquista que tuvo su origen en la Internacional. Y es preciso estar agradecidos al compañero Nettlau por el celo con que ha recogido en torno a aquella obra documentos raros y preciosos que sin él habrían sido ignorados y tal vez, al menos en parte, se habrían perdido para siempre.

Después de 1872 y precisamente después de la conferencia de Rimini (agosto de 1872) y del congreso internacional de Saint Imier, Suiza (septiembre de 1872), que fueron como la conclusión de todo el trabajo preparatorio, la Internacional, que se desarrolló en Italia cuando en otras partes estaba ya moribunda, vivió por diversos años una vida intensa y atormentada. Se hizo amplia propaganda de ideas, se constituyeron numerosos grupos ("secciones", como se decía entonces) y federaciones; hubo congresos nacionales y provinciales; se hicieron tentativas insurreccionales seguidas de procesos célebres, que conquistaron para los internacionalistas las simpatías del público. Numerosísimos periódicos nacieron y murieron, con rápida sucesión, un poco por doquiera. Períodos de febril actividad alternaron más de una vez con períodos de calma o de inercia. Se pasó muchas veces de una relativa libertad a una persecución sistemática por parte del gobierno, y de tanto en tanto la propaganda y la agitación de públicas y ruidosas se volvieron reservadas y secretas, y viceversa. Las relaciones con los republicanos, que eran el otro partido subversivo existente (para no hablar de los partidos legitimistas, papales, austriacos, borbónicos, etcétera, con los cuales no era posible entente o contacto alguno), fueron en ciertos momentos amistosas e íntimas en vista de proyectadas acciones comunes, y en otros momentos violentamente hostiles hasta llegar a deplorables hechos de sangre. Pero en todo este movimiento y por muchos años consecutivos, se encontraron siempre las mismas ideas y en gran parte los mismos hombres de 1871-72, como se encuentra siempre la influencia directa o indirecta de aquel gran animador que fué Miguel Bakunin.

Cuando Bakunin vino a Italia, se trabajaba en el país una profunda crisis, y especialmente en aquella parte selecta del país que participaba en la vida política, no por bajo egoísmo de aventureros y arrivis-

tas, sino por razones ideales y por amor sincero al bien general.

El nuevo reino de Savoya, que se había puesto a la cabeza de la lucha por la independencia de Italia, no respondía de ningún modo a las aspiraciones de aquellos que antes y mejor que todos habían promovido y sostenido el movimiento.

Durante largos decenios grupos de generosos habían combatido con insuperado heroísmo por libertar a Italia de la tiranía del Austria, del Papa, de los Borbones y de los otros principados que se dividían el territorio. Era la flor de la juventud italiana la que, con las conspiraciones, los atentados, las insurrecciones, afrontaba el martirio; y continuamente diezmada por las masacres, por los presidios, por los patibulos, se reponía siempre con nuevos combatientes igualmente heroicos.

Las idealidades que animaban a aquellos hombres nos parecen, a los que hemos venido después, insuficientes, vagas, místicas, a menudo contradictorias, pero eran ciertamente nobles, desinteresadas, humanitarias. En general querían a Italia libre del extranjero y de los tiranos del país, libre del dominio de los sacerdotes y constituida en república unitaria o federal; y por república entendían "un gobierno del pueblo" que asegurase a todos libertad, justicia, bienestar e instrucción.

A consecuencia de las tradiciones clásicas y luego por la prédica de Giuseppe Mazzini, tenían, es verdad, la absurda pretensión de que Italia fuese superior a todos los demás países y de que estaba predestinada (por Dios, o por la naturaleza, o por la historia) a ser maestra y guía de toda la humanidad. Pero su místico patriotismo estaba lejos de justificar deseo de dominio sobre los otros pueblos. Al contrario, apresuraban con sus votos y su obra la emancipación y la grandeza del pueblo italiano también para que pudiese cumplir su misión civilizadora y ayudar a libertarse a todos los pueblos oprimidos: la prueba está en el hecho que los patriotas italianos acudían a combatir y a verter su sangre en todas partes del mundo donde surgía un grito de libertad.

Pero, a pesar de tanto heroísmo y de tanta nobleza de propósitos, la causa italiana pareció por largo tiempo una causa desesperada, y halló apoyo sólo entre los "soñadores" sedientos de ideal y ajenos a todo cálculo de ventaja personal. La gente "práctica", egoísta y pusilánime, sufría pacientemente la opresión y por cálculo aclamaba a los más fuertes; y los peores se ponían al servicio de los opresores como esbirros y verdugos. La gran masa, misera, ignorante, supersticiosa, permanecía como siempre materia pasiva, instrumento dócil pero infiel de quien podía y sabía servirse de ella.

Después, cuando por la constancia y el crecimiento

de los rebeldes y por afortunadas circunstancias políticas europeas los siervos de la casa Savoya hallaron oportuno explotar las aspiraciones nacionales para la seguridad y el engrandecimiento del reino sardopiemontés, entre los apóstoles y los héroes se mezclaron los traficantes y los aprovechadores, y la intriga diplomática se sobrepuso al impulso revolucionario.

Y así, entre los pactos y negociaciones secretos, las alianzas entre monarcas, las guerras reales comenzadas con dudosa fe y acabadas por razones dinásticas, las rendiciones de los *condottieri* populares, las ilusiones de los ingenuos y la traición de los hipócritas, se llegó a la constitución de un reino itálico que era la parodia, la negación de la Italia libre y grande soñada por los precursores.

No se había obtenido ni unidad ni verdadera independencia. Austria, dueña siempre de Venecia, permanecía amenazadora de este lado de los Alpes, e Italia parecía vivir sólo por la protección interesada y prepotente del emperador de los franceses. El Papa continuaba tiranizando a Roma y al Lazio, dispuesto siempre a llamar al extranjero en su socorro. El derecho de la nación a gobernarse por sí misma era reducido a la concesión de una Cámara de diputados elegida por un pequeño número de inscriptos y mantenida bajo freno por la potestad suprema del rey y por un Senado de nombramiento real. Negada toda autonomía de regiones y comunas, y sometida toda Italia a la hegemonía de las castas burocrática y militarista del Piemonte. Las libertades ciudadanas siempre a discreción de la policía. La instrucción pública descuidada y dejada a merced de los sacerdotes. Las condiciones económicas de la masa (proletariado y pequeña burguesía) a quien se habían hecho tantas promesas, generalmente empeoradas y en ciertas regiones vueltas hasta miserables por el aumento de los impuestos sobre la producción y sobre los consumos. Por consiguiente, descontento general; y cuando el descontento estallaba en tumultuosas protestas colectivas, la fuerza pública restablecía el orden con aquellas masacres de muchedumbres inermes, masacres que constituyeron siempre una característica del sistema de gobierno de la monarquía italiana.

Naturalmente, surgieron en abundancia los patriotas del día siguiente, que quisieron tomar parte en el botín sin haber estado en la batalla; y hasta muchos de los viejos combatientes, por motivos diversos, honorables o no, se adaptaron al nuevo régimen y trataron de aprovecharse de él. Pero los más sinceros, los más ardientes y con ellos los nuevos jóvenes que por razón de edad no habían podido tomar parte en el levantamiento nacional, pero que habían respirado la atmósfera llena de entusiasmo y querían emular a sus mayores, tascaban el freno y anhelaban el momento de recomenzar la revolución y de completarla.

Pero, ¿qué hacer?

Los más influyentes, los jefes, vacilaban entre el deseo de abatir la monarquía y el miedo a comprometer aquel tanto de unidad y de independencia que se había alcanzado. La gran mayoría de los republicanos devotos de Mazzini, aun predicando la república, ponían por encima de todo la unidad de la patria, y a pesar de la aversión al sistema monárquico estaban siempre prontos a ponerse a las órdenes del rey cuando los llamase a realizar el programa nacional. Y en cuanto a los garibaldinos, más atrevidos y batalladores que todos, pero, lo mismo que su jefe, sin ideas claras ni programa determinado, salvo el

odio a los sacerdotes y al dominio extranjero, la monarquía podía siempre detenerlos o arrastrarlos a capricho, como y más que a los mazzinianos, con sólo darse la apariencia de querer hacer la guerra al Austria y al Papa.

En realidad, no se hacía nada contra el régimen y tal vez, dadas las circunstancias, era imposible hacer algo eficaz; pero entre las aspiraciones contradictorias persistía, vivo, inquieto, tormentoso el deseo de hacer.

Por otra parte, un nuevo fermento de ideas agitaba los espíritus.

Durante el período precedente, la masa de los patriotas, fascinados por las ideas de Gioberti y de Mazzini sobre el primado de Italia y sobre la misión a ella confiada por Dios, inducidos con fines de propaganda a exaltar todo lo que era italiano y a afectar desprecio por lo que venía de fuera, no habían seguido las nuevas corrientes del pensamiento europeo, que por lo demás penetraba y se difundía difícilmente en Italia a causa de la censura de los gobiernos y del régimen a que estaba sometida la prensa. Es verdad que había habido pensadores poderosos y precursores geniales capaces de mantener la comparación con cualquier extranjero, pero habían quedado sin gran influencia o totalmente ignorados, como, por ejemplo, Pisacane, tanto que fué preciso descubrirlo después, cuando ya sus ideas se habían convertido en patrimonio común por otros caminos.

Pero ahora, después de la constitución del reino, con una cierta libertad de prensa, con la mayor facilidad para moverse y establecer relaciones y por el mismo aguijón de las desilusiones sufridas, la juventud comenzaba a informarse y a interesarse por las ideas que agitaban a Europa. El concepto de la Italia nación-Mesías aparecía ya a muchos fantástico y absurdo y era sustituido por una concepción más realista de la historia y de las relaciones entre los pueblos. La creencia en Dios y en lo sobrenatural, tan cara a Mazzini, era batida en brecha por la nueva orientación de las ciencias naturales introducidas en las universidades italianas por obra principalmente de valientes profesores extranjeros. La idea de patria y todas las instituciones sociales — propiedad, organización estatal, familia, derecho civil y penal — eran discutidas y criticadas con nueva amplitud de miras. La cuestión social, la cuestión de los ricos y de los pobres, comenzaba a atraer la atención y parecía ya destinada a desvalorizar y a dejar en olvido las cuestiones de nacionalidad.

Mazzini y Garibaldi continuaban siendo idolatrados por la juventud más avanzada, que habría querido tenerlos por jefes y guías, pero le era cada vez más difícil seguirlos. Pues Mazzini, frente a la irrupción de las nuevas tendencias se acorazaba en su dogmatismo teológico-político y excomulgaba al que no creía en Dios; y Garibaldi, que quería persuadirse a sí mismo y a los demás de estar siempre a la cabeza del progreso, decía y se desdecía y en el fondo no comprendía nada.

De ahí el disgusto moral e intelectual que, agregado a la incertidumbre y a la impotencia políticas, tenía agitada y descontenta a la mejor juventud italiana.

En tal condición de los espíritus un hombre como Bakunin, con la fama de gran revolucionario europeo que le acompañaba, con su riqueza y modernidad de ideas, con su fogosidad y la fuerza envolvente de su personalidad, no podía menos de causar fuerte impresión sobre aquellos que se le aproximaron. Pero

no podía crear un movimiento de amplia base, verdaderamente popular, a causa de los prejuicios patrióticos y burgueses del ambiente y por el hecho que muchos, a pesar de la nueva conciencia, se sentían todavía ligados por juramentos prestados a las viejas sectas: a lo que hay que añadir las dificultades que encontraba por ser extranjero, poco práctico en la lengua italiana y sujeto siempre a ser expulsado por la policía.

Y, en efecto, consiguió pronto interesar a hombres de valor, que creyeron desde el primer momento hallar en sus ideas la solución de las dudas que les atormentaban, pero no pudieron influenciar las masas. Por lo demás, el pensamiento de Bakunin estaba entonces en continua evolución, y si él, impulsado por su temperamento y por la lógica de sus premisas, llegó pronto a conclusiones claramente socialistas y anarquistas, muchos de sus primeros adherentes no pudieron seguirlo y poco a poco quedaron atrás, sustituidos, sin embargo, siempre por nuevos y más idóneos elementos.

Desde 1864 a 1870, Bakunin, con la propaganda personal en Italia, con la correspondencia de Suiza, con los viajes hechos o hechos hacer y con las publicaciones propias o inspiradas por él, llegó a seleccionar un cierto número de hombres que, organizados en torno a él en círculos más o menos secretos, entraron en contacto con el movimiento socialista internacional, introdujeron en Italia el socialismo y el anarquismo y fundaron allí la rama italiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la que continuaron siendo los animadores durante toda su existencia.

Pero en suma, hasta la primera mitad de 1870, todo se redujo a pocos grupos íntimos y a alguna pequeña asociación obrera. Notemos una sección en Nápoles en 1869, la cual, alcanzada por la policía, en ocasión de una huelga, con el arresto de los dirigentes, murió pronto de una muerte poco gloriosa, pero sirvió para formar entre los obreros algunos elementos conscientes que un poco más tarde, con la ayuda de nuevas fuerzas, reanimaron el movimiento y lo elevaron a más grande importancia.

Vino luego la guerra franco-prusiana, la caída del imperio y la proclamación de la república en Francia, la expedición garibaldina a los Vosgos, la entrada de las tropas italianas en Roma y el fin del poder temporal de los Papas, los acontecimientos del asedio de París, las elecciones francesas de la asamblea de los "rurales", la paz vergonzosa, la fundación del imperio germánico: cosas todas que agitaron y tuvieron los ánimos en suspenso, alimentando en unos las más audaces esperanzas y en los otros los temores más locos.

Por fin estalló la insurrección parisiense del 18 de marzo de 1871 — la Comuna de París, — que fué dominada dos meses después por el gobierno republicano con una ferocidad que indignó a los más moderados.

El anuncio de los hechos de París hizo arder de fiebre a toda la juventud políticamente activa.

Verdaderamente se sabía poco lo que era la Comuna realmente, pero la misma incertidumbre de las noticias daba libre campo a la imaginación, y cada cual se forjaba el movimiento parisiense según los propios deseos. Y como se atribuía aquel movimiento a la obra de la Internacional, ésta se aprovechó de toda la popularidad de que disfrutaba la Comuna en los ambientes revolucionarios italianos.

Las falsas noticias, las exageraciones, las mismas

calumnias de la prensa reaccionaria servían para irritar el entusiasmo y exaltar el gesto de la Comuna y el poder de la Internacional.

Los miembros de la "Alianza" — la sociedad secreta de Bakunin — y todos los que habían sido alcanzados por la propaganda bakuninista, se aprovecharon del estremecimiento general para extender su acción y dirigir los acontecimientos hacia la realización de su programa. Acentuaron, exageraron por razón de propaganda el carácter socialista y, si no anarquista, ampliamente descentralizador y federalista de la Comuna y se dedicaron a organizar, donde les fué posible, círculos, grupos, fascios adherentes a la Internacional.

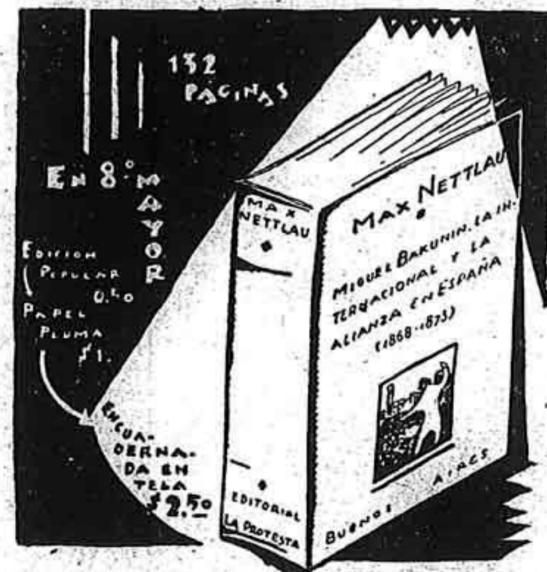
Los primeros y más numerosos prosélitos se encontraron entre los garibaldinos siempre ardiendo por batallar por cualquier idea que les pareciese avanzada.

Los jóvenes mazzinianos, a quienes los hechos de Francia habían mostrado que la república no significa necesariamente libertad, igualdad y fraternidad, y que pueden muy bien asociarse con el más retrógrado clericalismo y el más feroz militarismo, si hubiesen sido abandonados a su instinto habrían probablemente seguido como los garibaldinos el impulso dado por los bakuninistas. Y entonces se habría constituido un haz de todas las fuerzas revolucionarias italianas que habría podido dejar malparada la monarquía.

Pero Mazzini, ofendido en sus prejuicios teológicos, estatales y burgueses y tal vez irritado al ver escapar aquella especie de pontificado que había ejercido tantos años sobre el movimiento revolucionario italiano, atacó violentamente a la Comuna y a la Internacional e hizo abstener a los suyos del paso que iban a dar.

Bakunin respondió a las ataques de Mazzini, y la lucha estalló ardiente entre mazzinianos e internacionalistas, lucha que sirvió para excitar la discusión y precisar las ideas; pero que degeneró pronto en odio, puso a unos jóvenes contra otros no obstante ser igualmente generosos y entusiastas, y esa fué en definitiva la causa de la impotencia de unos y de otros.

(Concluirá en el próximo número).



ANSELMO LORENZO

El derecho a la evolución

CONFERENCIA SOCIOLOGICA

(CONCLUSION)

"Consistiendo la propiedad en los medios materiales que necesitamos apropiarnos para realizar los fines de la vida, no se da sólo en razón de la personalidad humana de cada sujeto o individuo, sino en relación al fin de la vida racional que debe cumplirse mediante actividad y trabajo. Por consecuencia la propiedad es justa y legítima, en tanto que viene a servir a los fines racionales de la vida humana; y cuando esto no sucede, la propiedad es injusta, la propiedad es ilegítima, la propiedad debe desaparecer... Cuando una clase social, un pueblo, una raza dejan de servir al fin que debían realizar y cumplir, nuevas clases, pueblos y razas surgen del fondo de la humanidad y adquieren, arrebatan o usurpan, si queréis, la propiedad a las entidades decrepitas e impotentes, para emplearla como medio esencial a la realización de los fines sociales desamparados".

Ved en esas palabras explicadas con maravillosa sencillez la pura y verdadera teoría revolucionaria, y además la justificación de la revolución con todas sus consecuencias, accidentes, tragedias y reorganización de la sociedad.

Considérese que tales palabras las pronunció, no un demagogo, no un adulator de las multitudes ignorantes y hambrientas, sino un gran pensador, un hombre reputado como poseedor de una de las inteligencias más grandes y mejor equilibradas, un político que en la austera severidad de su conciencia arriesgó siempre que fué necesario su fama, su prestigio y su popularidad y por ello murió en el ostracismo, mientras se rinden ovaciones casi diariamente a personajes que ocultan taras indeclarables bajo los ropajes de relumbrón.

El pensamiento de Salmerón concuerda con el de otro hombre eminente y aun más prestigioso, Pi y Margall, quien en el mismo debate sobre La Internacional, expuso:

"El poder y la propiedad contraen una unión indisoluble; la propiedad lleva anejo el poder; el poder lleva aneja la propiedad. La tierra, antes de la revolución estaba en su mayor parte amayorazgada en la nobleza, amortizada en el clero, fuera de la general circulación... Para desmayorazgar los bienes de los nobles habéis rasgado las leyes seculares a cuya sombra se habían establecido; para apoderarse de los bienes del clero secular y regular habéis violado la santidad de contratos por lo menos tan legítimos como los vuestros, proclamando el principio de la conveniencia pública; pues La Internacional no pide sino que la propiedad se generalice más, que la propiedad se universalice... Pues qué, la tierra, que es nuestra común morada, que es nuestra cuna y después será nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que

entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar al mundo, ¿había de ser poseída de una manera tan absoluta por el individuo que la personalidad social no tuviera derecho de someterla a las condiciones que exigen sus grandes intereses? ¿Por dónde venís, pues, a decir que es inmoral la aspiración de las clases jornaleras?"

Confirma la verdad y la grandeza de esas lumbres del pensamiento español otro grande hombre de prestigio mundial, el gran pensador que contribuyó eficazmente a la constitución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Carlos Marx, quien, para desengaño de reformistas y para desautorización de marxistas averiados que bajo la marca del marxismo introducen de contrabando socialismo aburguesado, presenta como en placa fotográfica, la situación actual de la sociedad de nuestros días, en las siguientes palabras:

"En el sistema capitalista, en que los medios de producción no están al servicio del trabajador, sino el trabajador al servicio de los medios de producción, todos los métodos para multiplicar los recursos y la potencia del trabajo colectivo se practican a expensas del trabajador individual; todos los medios de desarrollar la producción se transforman en medios de dominar y explotar al productor; hacen de él un hombre truncado, parcelario, o el accesorio de una máquina; como otros tantos poderes enemigos, le oponen las potencias científicas de la producción; sustituyen el trabajo atractivo por el trabajo forzado; hacen más penosas cada vez las condiciones en que se efectúa el trabajo, y someten al obrero durante su servicio a un despotismo tan mezquino como ilimitado, transformando la vida entera en tiempo de trabajo y encierran a su mujer y a sus hijos en los presidios capitalistas.

"Por si tales anomalías no fueran suficientes, todos los métodos que ayudan a la producción de la supervalía, favorecen igualmente la acumulación, y toda extensión de esta acumulación necesita a su vez de aquellos métodos. De lo cual resulta que, sea cual fuere el tipo de los salarios, alto o bajo, la condición del trabajador ha de empeorar a medida que el capital se acumula; de un modo tal, que acumulación de riqueza por un lado, significa acumulación igual de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de degradación física y moral, de esclavitud, por otro, o sea del lado de la clase que produce el mismo capital".

¡Qué contraste que ofrece el pensamiento tan racional, tan lógico, y por lógico y racional tan racional de esos grandes hombres, con el del jefe actual del socialismo español y el del llamado radicalismo y el de los trabajadores que les siguen, que, como cerrando los ojos a la razón, y como si La Internacional no hubiera declarado que la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que

debe subordinarse todo movimiento político, pretenden supeditar las reivindicaciones proletarias a las miserables conveniencias políticas, y a la posibilidad, a la oportunidad de lo que pueda ser sancionado por la *Gaceta*!

El ideal de la humanidad, y, por tanto, el de toda colectividad y el de todo individuo, ha de ser realzar la más alta suma de cultura positiva; no de esa cultura hipócrita que disfraza la ignorancia con la suavidad del servilismo. Se ha de procurar y se ha de obtener el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores de que el hombre es susceptible, y esa cultura tan intensa como pueda concebirse, ha de extenderse de un modo ilimitado, no como hoy sucede, que se halla estancada en la clase privilegiada y reducida a un corto número de profesionales, especialistas o genios excepcionales, mientras la inmensa mayoría, esclavizada por el salario, vegeta en la ignorancia hasta el punto de haber un número inmenso de analfabetos, sin que el que muchos explotados sepan leer atenúe la acusación general de ignorancia sistemática a que la sociedad los tiene condenados.

Además el ideal ha de ser considerado como inmediatamente práctico; considerarle como lejano equivale a declararle imposible. Aplácelo tanto como quiera el burgués liberal; acepten los obreros no sindicados las reformas que como cebo electoral les prometen los candidatos políticos, y verán como el tiempo pasa, la absorción capitalista crece, el número de trabajadores reemplazados por las máquinas aumenta, y el conflicto entre la miseria y la propiedad se agrava en vez de dar el menor paso hacia la solución del problema.

¡La esclavitud del salario! ¡Causa horror considerarla! ¡Harto lo sabéis! Es la inferioridad social, la inseguridad permanente, la privación continua, la humillación perpetua; es el hablar con la gorra en la mano al superior que os habla cubierto, tuteándose y mirándoos con desdén; es la constante amenaza de la imposibilidad de continuar la vida, no sólo para nosotros, sino también para los seres que amamos y que de nosotros dependen; es el incesante temor de ser despedido, de carecer de trabajo, de ser víctima de una enfermedad, y también de que la muerte os arranque el amor de la compañera y de los hijos, y entonces, cuando este pensamiento se clava en la mente del asalariado, se horroriza porque teme ver a su hijo perdido en el vicio o en el crimen y a su hija sumida en el abismo de la prostitución.

Tales temores tienen un fundamento tristemente positivo; los que viven en condiciones regulares de higiene pueden morir en la proporción del 10 por 1000 al año; los que viven atosigados por el trabajo, mal alimentados, indefensos por la ignorancia y en un medio insano y antihigiénico mueren 30 por 1.000, lo que en una población de 600.000 habitantes como Barcelona da una diferencia de 42.000, que son otros tantos compañeros, hermanos nuestros que mueren cuando racional y fisiológicamente debieran vivir, sacrificados en aras de la explotación propietario-capitalista.

Y estos pensamientos y estos temores desgarran el corazón y le llevan a uno a trabajar por el progreso, por la perfección, por la justicia, para que cuanto antes puedan los hombres vivir sin tan horribles amarguras.

* *

Se ha pretendido someter la ciencia a una interpretación, construir una ortodoxia científica y rechazar como heterodoxos y heréticos todos los pensamientos discordantes de la definición oficial. Siguiendo las huellas de la intransigencia religiosa, y para que no falte la similitud entre la fe científica y la fe metafísica, se ha forjado una especie de Santo Oficio moderno que castiga a los incrédulos pobres. Esa nueva inquisición no entrega ya sus víctimas al brazo secular, porque es ese mismo brazo secular el encargado de juzgar y ejecutar; pero castiga no menos cruelmente que la antigua a los pobres reos de libre examen, a los culpables de libre manifestación del pensamiento libertador, que viven tiranizados en las más bajas capas sociales, y si no hemos vuelto a los tiempos en que se perseguía la fatal manía de pensar, vivimos en otros en que se dictan leyes excepcionales para perseguir el pensamiento de los oprimidos y castigar actos lícitos, no sólo según las más elementales nociones del immanente derecho humano, sino según las mismas leyes fundamentales del Estado. Leyes *scélérates* se denominan en la república francesa las que, a semejanza de las dictadas en otras repúblicas y en las monarquías, sirven de amparo y defensa al privilegio y se oponen al avance progresivo de la idea liberadora de todos los oprimidos.

Sostiene hoy la clase directora como artículo de fe, con sanción penal en sus leyes *scélérates*, que los que en la sociedad disfrutan del poder, de la riqueza y de la ciencia son los individuos preponderantes por más fuertes y mejor dotados, y, por consecuencia, los pobres, los desheredados, los trabajadores son seres inferiores, irredentos e irredimibles que han de aceptar su suerte.

Cuando la burguesía se determina a escribir su catecismo para uso de la escuela laica, que los burgueses demócratas quieren confundir con la escuela racionalista, pondrán al frente de su primer capítulo: "La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Esta eliminación se efectúa principalmente por medio de la lucha por la existencia, en la cual los seres mal dotados son vencidos y suprimidos por los más fuertes y más inteligentes".

Ante todo niego valor científico a la palabra *lucha* empleada en ese futuro artículo de fe que corre hoy como dogma burgués; porque *lucha*, en su sentido recto, que es como ha de tomarse toda palabra para que tenga valor científico y no dé lugar a interpretaciones y dudas, significa conflicto pasional entre dos inteligencias y dos voluntades, que se resuelve por la fuerza y en que puede aceptarse una solución pacífica o resultar un vencedor y un vencido, y ser precedida y seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Dudo que la frase *lucha por la existencia* traduzca bien el pensamiento de Darwin; porque lo experimental, lo cierto, lo racional, lo verdaderamente científico es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan, y luchan a muerte, y bueno es que luchan, dos seres o dos colectividades entre sí impulsadas por el deseo o por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no luchan las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo des-

apasionado, de lo involuntario, de lo incapaz de luchar que necesitan y encuentran, fácil o difícil de alcanzar, logren o no alcanzarlos.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino que luchan excepcionalmente cuando otro ser, rival o concurrente le disputa algo que considera necesario a su existencia.

Entre el individuo, persona o colectividad, siempre exigentes, y el medio ambiente, demarcación geográfica o conjunto nacional consuetudinario y jurídico, siempre resistente, existe constante e ininterrumpible una acción y una reacción, efectuando una especie de vaivén determinado por unas oscilaciones semejantes a las de un péndulo que recibiera impulso contradictorio y diametralmente opuesto. La ley de ese movimiento constituye el progreso: su detalle forma la historia; su conocimiento anticipa el ideal.

La *lucha por la existencia* es una frase vacía de sentido, es una frase fantasma encubridora de una gran injusticia, opuesta al progreso, y, por tanto, opuesta a la libertad individual y a la igualdad social.

Invocar en nombre de la ciencia la lucha por la existencia es como profetizar en nombre de la divinidad que siempre ha de haber pobres en el mundo; frases ambas que constituyen, más que dos errores, dos grandes crímenes de lesa humanidad.

No culpo a Darwin ni a los sabios que de buena fe le siguen. Sé que la burguesía ha truncado con miras egoístas de clase el pensamiento de aquel gran hombre, como ha demostrado Kropotkin con su *Entr'aide* (Ayuda mutua), y como la entiende el proletariado con la Asociación Internacional de los Trabajadores y con sus Confederaciones Generales del Trabajo, obra del sindicalismo moderno, expresión nueva de la gran solidaridad obrera internacional.

Suele decirse a los trabajadores, por escritores burgueses y aun yo recuerdo haberlo leído por algún escritor obrero procedente del socialismo parlamentario, "que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto".

Y considero que el obrero que tal crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, porque esa afirmación es contraria al espíritu de la historia, en que resplandece el valor moral y material de las minorías como activísimos agentes progresivos.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y en gran parte causante de la Revolución Francesa, la escribieron unos cuantos sabios, y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan los ignorantes adinerados.

El proletariado actual no asiste a la universidad, ni casi a la escuela; pero sabe que es explotado, que se le alambica la vida por medio del jornal, que la acción es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como quiere su parte en el patrimonio universal, pasa de largo ante consejos impertinentes y tira a romper el falso equilibrio de la actual sociedad.

No diré que esto baste para el logro de su propósito; pero tan lejos estoy de creer en la superioridad intelectual y moral de la burguesía, que aseguro que lo que falte de sabiduría a los obreros lo completarán con su torpeza los burgueses.

Los actuales usurpadores y usufructuarios del

poder y de la riqueza no son, pues, los más inteligentes ni los mejor dotados por la naturaleza, sino los favorecidos por la trampa del privilegio. Si en la sociedad de los seres bien dotados prevalecieran y suprimiesen a los inferiores, tendríamos una sola categoría de poderosos, ricos y sabios, y el paria no hubiera podido transformarse en esclavo, siervo ni proletario, escala progresiva por la que los seres tenidos por inferiores o débiles han llegado hoy a la vida de la democracia y alcanzarán mañana la acracia. La historia al consignar el progreso social, que consiste principalmente en la supresión de las diferencias de clase, evidencia con perfecta claridad la afirmación contraria: el señor absoluto de vidas y haciendas que se creía tan poderoso como un dios, cuya voluntad subyugaba todas las voluntades, cuyo capricho era la única ley, fué sucesivamente compartiendo su poder con diferentes categorías sociales que ante él se levantaban, llegando en el día a convertirse en una vana sombra de majestad protectora de la burguesía dominante, que pacta con las poderosas fuerzas democráticas, en tanto que llega el último término de la evolución social con el establecimiento de la acracia, que eleve el nivel común de las condiciones sociales al punto final de la aspiración de justicia.

Para que los supuestos vencedores en la supuesta lucha por la existencia tuvieran razón, esa lucha hubiera durado un plazo más o menos largo, pero hubiera terminado por la supresión de los débiles y los inferiores; los fuertes y los superiores hubieran quedado solos, y como en su soberbia ninguno hubiera querido someterse al duro trabajo, hubieran quedado como reyes sin vasallos, legisladores sin pueblo, generales sin soldados, pastores sin grey, sabios sin admiradores, artistas sin público; no habiendo cultivadores, productores ni abastecedores de lo indispensable para la vida, en cuyas faenas se han ocupado siempre los inferiores, la vida hubiera terminado por un cataclismo más tremendo que el anunciado para el juicio final.

¡Oh, no, y mil veces no! Mientras veamos individuos que salen de los abismos de la miseria y de la ignorancia para alcanzar las posiciones más brillantes y gloriosas, y sea posible, por el contrario, que los descendientes de los recién encumbrados o de los encumbrados de larga fecha, caigan en la abyección y el embrutecimiento; mientras veáis al proletariado de las grandes poblaciones agitarse, discutir, organizarse, celebrar congresos, dar conferencias, publicar periódicos y constituir casi por sí solos la sociología, ciencia eminentemente revolucionaria, preparando la lucha final por la huelga general, y frente a ellos veáis a los restos de la aristocracia criar caballos, dedicarse a inútiles deportes, frecuentar el trato de horizontales y rufianes, y a los vástagos de aquellos burgueses que engordaron con la desamortización, o a los de los monopolizadores de la industria y el comercio, llevando todos a la vista los estigmas del vicio y de la degeneración, viendo con servil sujeción a las exigencias de la moda, bien podemos asegurar que el nuevo dogma social es falso, ridículamente falso.

Para terminar, me complazco en reproducir, como garantía y confirmación de mis palabras, el pensamiento de un ilustre sabio, Marcelino Berthelot, manifestado en ocasión solemne, en París, ante representantes de sociedades científicas de todo el mundo, y que confirma nuestra idea del patrimonio universal y nuestro ideal de su conquista. Oídle:

"Lo que somos, sólo es atribuible en parte mínima a nuestra labor, a nuestra individualidad; por-

que casi en totalidad lo debemos a nuestros antepasados, antecesores nuestros por la sangre y por el pensamiento, y si cada uno de nosotros añade algo al bien común, en orden de la ciencia, del arte o de la moralidad, débese a que una larga serie de generaciones han vivido, trabajado, pensado y sufrido antes que nosotros. Las pacientes labores de nuestros predecesores crearon esta ciencia que honrará en este momento.

"Cualquiera que haya sido vuestra iniciativa individual, cada uno de nosotros debe también atribuir una parte considerable de sus éxitos a los sabios contemporáneos, concurrente con cada individuo a la gran tarea común.

"En efecto, en los descubrimientos tan brillantes del siglo pasado, declarémoslo altamente, nadie tiene el derecho de reivindicar el mérito exclusivo.

"La ciencia es esencialmente una obra colectiva, proseguida durante el curso de los tiempos por el esfuerzo de una multitud de trabajadores de toda edad, de toda nación, sucediéndose y asociándose en virtud de un acuerdo tácito para la investigación de la verdad pura y para las aplicaciones de esta verdad a la transformación continua de la condición de todos los hombres".

En resumen: pasado el período místico, nos hallamos en los dominios de la ciencia.

Por atavismo y por rutina, no hemos salido del poder del privilegio y hemos sostenido y venimos sosteniendo en el cuerpo social, como tenía devoradora, como repugnante solitaria, la propiedad individual, o por mejor decir, la usurpación propietaria, incurriendo, como consecuencia, en el absurdo de tener triplicados medios de vida y vivir en espantoso estado de privación y miseria frente a una opulencia desenfrenada.

Claro es que en tal situación, las nociones fundamentales de derecho, reconocidas por los maestros de la filosofía, son desconocidas en la práctica, y por más que el derecho de todos a la participación del patrimonio universal flote majestuoso y grande sobre la masa de convencionalismos y sofismas con

que pretende excusarse la iniquidad triunfante, la verdad es negada, la justicia escarnecida y sólo domina la fuerza tradicional.

Por más que a última hora se ha querido dar base racional al privilegio mediante una especie de fraude científico, el recurso ha caído en el ridículo, y el ideal de la humanidad libre, igualitaria, bella y feliz resplandece con brillo cada vez más refulgente.

Por esas razones el proletariado rechaza la limosna de la caridad, que le ofrece la Iglesia, y la del derecho, que le ofrece la burguesía democrática, y va directamente, no en busca de un falansterio utópico, sino a la conquista del derecho a la evolución, a normalizar la sociedad de modo que todos los asociados evolucionen y progresen libremente sin las trabas de la desigualdad.

He aquí el objeto racional y positivo de la actividad de todos los trabajadores del mundo; por eso hoy el proletariado, además de su propio redentor, es el redentor de la humanidad, el llamado a desvanecer el antagonismo de intereses que nos roe y consume, para establecer el fraternal comunismo que ha de producir la concordia universal.

Una eminencia científica española, el doctor Ramón y Cajal, ha escrito: "La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad, continuar, en fin, la historia biológica de la raza humana, estancada por el egoísmo y la injusticia de tres mil años de civilización".

Conste; esa misma es mi afirmación en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo. El proletariado quiere ante todo y sobre todo, como esencia de la libertad y de la igualdad, el derecho a la evolución; es decir, quiere la natural y racional determinación de la voluntad, conforme con las leyes de la naturaleza, que descubren los sabios y son opuestas a las que inventan los legisladores.

moral, que no nos atrevemos a hilvanar los elogios habituales que se tributan a un esfuerzo de esta naturaleza. Por lo demás, el libro aparecerá pronto en español y será así más accesible al gran número de los admiradores de Reclus, que revive para nosotros en la biografía que le dedica Nettlau.

Se conoce ya el tono de los estudios biográficos de Nettlau; no son en manera alguna apologías; son capítulos de historia que llevan el nombre de una personalidad, cuya comprensión exige la descripción del ambiente en que se desarrolló y actuó. La presente biografía de Reclus es en ese concepto un do-

cumento inapreciable como visión de una época a través de un hombre y de un hombre a través de una época.

Los anarquistas en particular, tenemos mucho que aprender en este libro, que representa un jalón de luz en esta época de tinieblas. Reclus ha sido uno de los anarquistas más amplios y por consiguiente persiste entre los más actuales, entre los que más vivamente pueden impulsarnos a una concepción superior de la vida y de la acción.

La editorial de la F. A. U. D. merece las más efusivas felicitaciones; la situación de nuestro movimiento será promisoría el día en que se llegue a comprender que la publicación de un libro como la biografía de Reclus equivale a una brillante batalla contra el mundo de la tiranía y de la explotación.

Y esta obra nos vuelve a recordar que el trabajo fundamental de Nettlau, la biografía de Bakunin, está todavía inédita y si su publicación llega a convertirse un día en realidad, lo que esperamos, se deberá más bien a la fuerza de voluntad de una restringida minoría que a un estado de comprensión del movimiento entero.

La ya numerosa colectividad anarquista considera más importante la lucha interna interminable o la escaramuza rutinaria contra el capitalismo, escaramuza que tiene cada día menos eficiencia a causa en parte del rutinarismo, que el enriquecimiento de nuestra bibliografía. Que se nos permita, sin embargo, tener otra opinión y sostener que en el futuro, cuando se quiera recordar la obra de los anarquistas en este triste período de dictaduras y de regre-

siones, se mencionará en primer lugar el esfuerzo intelectual de Nettlau y de muy pocos otros, y se pasará indiferentes ante actividades y luchas que no inquietan al capitalismo y al Estado y que en el fondo tienen muy poco de afirmativas y de creadoras de una nueva mentalidad.

WILLIAM MORRIS — "Noticias de ninguna parte. — Prólogo de Max Nettlau. 219 páginas 8.º, Editorial LA PROTESTA, Perú 1537, Buenos Aires, 1928; precio \$ 1.—

No creemos necesario hacer el elogio de la famosa utopía de William Morris, de la que tanto se habla en los ambientes libertarios desde hace cerca de cuarenta años. Constituye el segundo tomo de la colección de Los utopistas, que hemos inaugurado con *El Humanisferio* de Dejacque. Dejacque nos describe la sociedad futura más bien desde el punto de vista del consumo, del disfrute; Morris lo hace desde el punto de vista de la producción, del trabajo alegre y creador. Es una obra maestra, no superada aún en ese terreno, concepción de un socialista y de un artista, de un amante de la libertad y del trabajo. Nuestro Max Nettlau estudia la vida y el ambiente del autor en un extenso prólogo que leerán con agrado todos los que sientan algún interés por Morris.

El precio económico de un peso hace que ningún compañero tenga el pretexto del precio para adquirir y difundir esta hermosa utopía.

Sumario de los trabajos publicados en el año 1928

A de Santillán D. — Una ojeada a la prensa anarquista de los diversos países, pág. 3— En torno a la crisis y a la superación, pág. 102. — La jornada de seis horas, pág. 183. — Sobre el fascismo. Aclaraciones y observaciones, pág. 198. — Por la reintegración moral del movimiento, pág. 295. — La reducción de la jornada de trabajo, pág. 358. — Apostillas polémicas en torno a la anarquía y al fascismo, pág. 390. — La tragedia de Sacco y Vanzetti (1920-1927), pág. 462. — Más sobre el capitalismo moderno y la reducción de la jornada, pág. 354. — Apuntes, pág. 598. — Apuntes, pág. 662.

Acrate Spartaco — El "Primero de mayo" en Italia, pág. 255. — La igualdad, realización de la justicia, pág. 342. — Anarquismo realizador, pág. 613.

A. I. T. — Acuerdos del tercer congreso, pá-

gina 510.

Barret Rafael. — La cuestión social, páginas 187 y 215.

Bonafoux L. — Hojas secas, pág. 225. — Corzuelo incapaz, pág. 287. — La última jaqueca, pág. 554. — Del arte de hacerse genio, pág. 685.

Campio Pérez. — La mujer en la vida y en la lucha social, pág. 313. — La crítica a la sociedad presente en la obra de Florencio Sánchez, pág. 641.

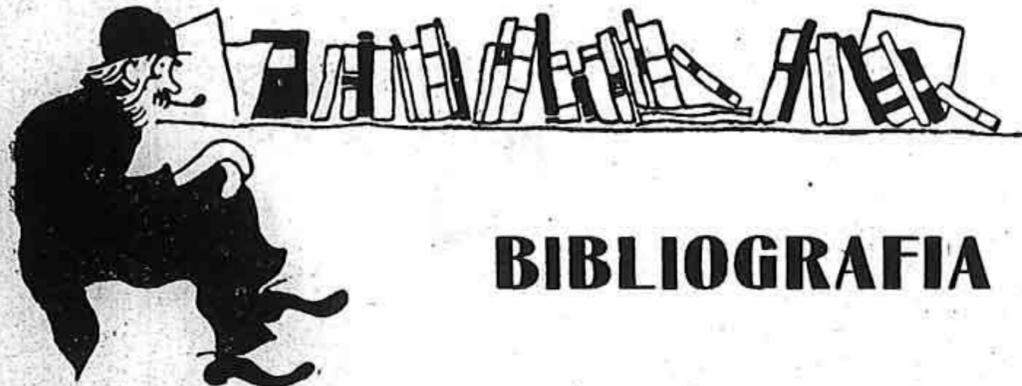
C. G. T. (México) — Resoluciones del IV congreso, pág. 516.

Danef St. — A. A. Karelin, pág. 155.

De Jong Albert. — El movimiento obrero revolucionario y el problema colonial, pág. 447.

Diágoras de Rodas. — Síntesis histórica del comercio, págs. 63 y 92.

Documentos. — La muerte de Varlin, pág.



BIBLIOGRAFIA

MAX NETTLAU. — *Elisée Reclus, Anarchist und Gelehrter (1830-1905)*. (Eliseo Reclus, anarquista y sabio), un vol. de 344 págs. gr. 8.º Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1928. Precio: encuadernado, 8 marcos.

Estamos ante un nuevo libro de Max Nettlau. Es tanta la riqueza que encierran sus páginas, es tan sugestiva la lectura de esa obra, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista

18. — Marx y Proudhon, pág. 85. — Más sobre Simón Radowitzky, pág. 166. — Radowitzky ante los jueces, pág. 262. — Estadísticas de la guerra de 1914-18, pág. 290. — La idea y la experimentación, pág. 297. — Lo A. I. T. frente a la guerra y al militarismo, pág. 455.

Fabbi Luigi. — Anarquía y lucha de clases, pág. 20. — La concepción revolucionaria del progreso, pág. 47. — La idea de progreso y la anarquía, pág. 70. — Los primeros albores libertarios. El Renacimiento, pág. 107. — Las tendencias anarquistas en la Reforma y en la revolución francesa, pág. 140. — La crisis democrática y la revolución, pág. 178. — La posición del anarquismo frente a la democracia, pág. 201. — "El juego del amor y de la muerte", de R. Rolland, pág. 225. — ¿Solución democrática o solución anárquica?, pág. 249. — El individualismo en el anarquismo, págs. 269 y 307. — La "síntesis anarquista", de Sebastián Faure, pág. 329. — Federalismo y anarquía, pág. 362. — Intereses e ideales, pág. 396. — Móviles ideales y práctica revolucionaria, pág. 456. — Tópicos doctrinarios, pág. 529. — Guerra y revolución, pág. 600. — Ideas, pág. 637. — Ideas, págs. 665 y 696.

Faure Sebastián. — La síntesis anarquista, pág. 274.

Fuentes Pérez P. — Al pueblo, pág. 318.

Ferrer Francisco. — La escuela moderna, págs. 558-596.

F. O. R. A. — X Congreso de la F. O. R. A., pág. 495.

Girardín P. y Jean Bruhnes. — Concepciones sociales y geografía. La vida y la obra de Eliseo Reclus, pág. 656, 682 y 712.

Godoy Pedro. — La seca, pág. 17. — La trilla, pág. 126. — ¡Sí!, pág. 318. — ¡Luisa Lallana!, pág. 384. — Campo de batalla, pág. 449.

Goldman Emma. — El drama moderno. Un poderoso propagador del pensamiento avanzado, pág. 126 y 157. — Psicología de la violencia política, págs. 299 y 345.

González Prada M. — La anarquía, pág. 235. — El Estado, pág. 236. — Nuestras revoluciones, pág. 236. — La autoridad, pág. 237. — Un programa, pág. 240. — Imágenes, pág. 240. — Bienes y males, pág. 240. — El intelectual y el obrero, pág. 241. — Musa pradariana, pág. 245.

Gori P. — La cuestión social y los anarquistas, pág. 78.

Grave Jean. — Hay paquetes y paquetes, pág. 95. — Para que se realice la sociedad del año 2000, pág. 115. — Trabajo anarquista, pág. 181. — Las reformas y los anarquistas, pág. 285. — El militarismo, pág. 450.

Guilda de Amigos del Libro. — Comunicados y anuncios en págs. 39; 66; 97; 129; 194; 257; 291; 323, 384 y 691.

Hamon A. — De la patria, pág. 424.

Imo. — Recapitulación histórica, pág. 441.

Jensen G. — El antimilitarismo en Dinamarca (por error se atribuye a F. Oerter), pág. 442.

Kollar Ivan. — Aspecto económico de la Argentina, pág. 44. — De la concepción a la acción, pág. 169.

Kropotkin P. — La Comuna de París, pág. 149. — El comunismo anarquista, págs. 351 y 374.

López Arango E. — Resumen de actividades, pág. 9. — Anarquismo y comunismo, pág. 135. — Crítica anarquista, pág. 536.

Lorenzo Anselmo. — El derecho a la evolución, págs. 686 y 717.

Luz Fabio. — Luna nueva, pág. 353.

Malatesta E. — Páginas viejas, Cómo se producirá la revolución. — Guerra e insurrección, págs. 29-30. — Evolución del anarquismo, pág. 207. — La evolución del anarquismo. Discutiendo, pág. 283. — El derecho a juzgar, pág. 311. — Federalismo y anarquía, pág. 341. — El problema del amor, pág. 366. — Los anarquistas y los socialistas. Afinidades y contrastes, pág. 406. — La guerra y los anarquistas, pág. 625. — La Internacional en Italia, pág. 714.

Martínez Baquero H. — El apóstol, pág. 354.

Mella Ricardo. — La nueva utopía, págs. 58, 87 y 123. — Evolución y revolución, pág. 319.

Mirbeau Octavio. — La tristeza de maese Pitaut, pág. 190. — La muerte del perro, pág. 288. — El pájaro sagrado, pág. 385. — El niño, pág. 386.

Nemo. — Diez años después de la guerra, págs. 609, 650.

Nettlau Max. — Más sobre la Internacional en Buenos Aires; algunas noticias de los años 1870 a 1873, pág. 15. — Cartas inéditas de P. Kropotkin a James Guillaume sobre las tierras comunales (revolución francesa) escritas en junio y julio de 1911, págs. 54 y 81. — Algunas reflexiones sobre la autoridad, pág. 110. — Sobre la "Nueva utopía" de Ricardo Mella, pág.

gina 143. — En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana (1886-1912), págs. 170 y 209. — El buen acuerdo anarquista, pág. 278. — M. Bakunin, desde sus comienzos hasta 1864, págs. 380 y 416. — Más sobre los orígenes de la Internacional en Buenos Aires. Documentos nuevos e inéditos, pág. 521. — Colectivismo y comunismo antiautoritario en la concepción de P. Kropotkin, pág. 548. — La fase actual del combate entre la libertad y la autoridad, pág. 615. — El librepensamiento y la Italia del pasado y del presente, pág. 632. — El pueblo, los autoritarios y los libertarios, pág. 669. — Consideraciones sobre la organización y sus límites, pág. 701.

Nieuwenhuis Domela. — El militarismo y la actitud de los anarquistas, pág. 431.

Oerter Fritz. — Las madres y la guerra (por error tipográfico se atribuye a G. Jensen), pág. 439.

Pierrot M. — Reflexiones sobre las relaciones de la moral y de la enseñanza, pág. 117.

Parsons A. R. — ¿Qué es la anarquía?, pág. 259.

Rafanelli Leda. — La gran "krumira", pág. 125.

Ramus Pierre. — El instinto natural de trabajo en el hombre, pág. 304. — Los elementos fundamentales de la organización social, págs. 349, 378 y 413.

Reclus Eliseo. — Las ideas y los hechos en la Comuna, pág. 137. — La anarquía y la iglesia, pág. 621.

Reclus Paul. — Recuerdos sobre los Reclus, págs. 219 y 252.

Redacción. — Entrando en el séptimo año de vida, pág. 2. — Cinco años después (1923-1928), pág. 41. — Marzo heroico, pág. 134. — Manuel González Prada, pág. 230. — Luisa Lallana, pág. 294. — El quinto aniversario del asesinato de Wilckens, pág. 326. — El capitalismo moderno, pág. 393. — 1914-Agosto-1928, pág. 422. — Estadísticas de la guerra, pág. 428. — Antimilitarismo anarquista, pág. 454. — Teoría y táctica del movimiento obrero revolucionario, pág. 495. — Comedias de paz y realidades de guerra, pág. 526. — Apuntes, pág. 630. — Un año más, pág. 694. — La vuelta de Irigoyen, pág. 695.

Rocker Rudolf. — La racionalización en las minas de carbón de Alemania, pág. 31. — La

racionalización en la industria alemana del hierro y del acero, pág. 50. — La racionalización en otras industrias alemanas, pág. 74. — Cuestiones económicas, pág. 104. — ¿Nos acerca la racionalización al socialismo?, pág. 146. — La lucha por el mercado mundial, pág. 176. — El despertar de los pueblos asiáticos, pág. 204. — El mercado interior y el nivel de vida de los productores, pág. 265. — La situación general y lo que deben hacer los trabajadores, págs. 315 y 334. — Los seis caminos, págs. 368; 399; 543; 602; 664 y 676. — El despertar, pág. 707.

Ryner Han. — Eliseo Reclus y el problema de la violencia, pág. 248.

Sánchez Florencio. — Fragmentos, pág. 643.

Seehof Arthur. — Decadencia de la lucha de gases ¿y luego?, pág. 185.

Syndikalist Der. — En recuerdo de Landauer, pág. 338. — ¿Guerra o revolución?, pág. 429.

Thompson W. C. — Las últimas declaraciones de Vanzetti, pág. 489.

Tolstoi L. — Pensamientos (un error tipográfico los atribuye a F. Oerter), pág. 539. — Carta a Gandhi, pág. 541.

Val Encino del. — Manuel González Prada, pág. 26. — Maestro y apóstol, pág. 234.

Vanzetti B. — Dos cartas, pág. 483.

Velazco Aragón L. — M. González Prada, el anarquista, pág. 231.

Valades J. C. — Francisco Severo Maldonado, pág. 35. — Precursores del socialismo antiautoritario en México, pág. 408.

Vidal George. — Comentarios sobre el heroísmo, pág. 238.

Yunque Alvaro. — M. González Prada, pág. 238.

Bibliografía. — Se encuentra una reseña bibliográfica en págs. 67; 98; 130; 163; 226; 291; 322; 354; 419; 491; 554; 627; 658; 690 y 720.



Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU—

- Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886-1873). — 132 págs. . \$ 0.50
 Edición especial, papel pluma . „ 1.—
 Encuadernado en tela „ 2.50
Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. . . . „ 1.20
 Edición especial, papel pluma . „ 2.—
 Encuadernado en tela „ 3.50
Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) „ 0.15
RUDOLF ROCKER—
Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo „ 1.50
La maldición del practicismo. 32 págs. „ 0.10
RUDENKO—
En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company . . „ 0.15
JAMES GUILLAUME
Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. „ 0.20
MIGUEL BAKUNIN—
(OBRAS COMPLETAS)
I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. „ 1.50
II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. „ 1.50
III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. . . . „ 1.50
IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. „ 1.50
 Los mismos, encuadernados en tela „ 3.50
ERRICO MALATESTA
Anarquía. — 48 páginas „ 0.20
En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. „ 0.30
PEDRO KROPOTKIN
Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas „ 0.50
 Encuadernado en tela „ 1.50
A los jóvenes. — 28 págs. . . . „ 0.10

LUIS FABBRI—

- Cartas a una mujer sobre la anarquía.**— Un tomo de 110 páginas „ 0.50
Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. . . . „ 0.20
C. LOMBROSO y R. MELLA
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—
NIDO, ROCKER y NEMO
Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. „ 0.20
SEBASTIAN FAURE
Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. „ 2.—
 Encuadernado en tela „ 3.50
“TEMAS SUBVERSIVOS”
 Un volumen de 350 págs., \$ 1.50
 También se vende en folletos con los siguientes títulos, a 10 centavos cada uno:
 La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y . . . la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.
J. DEJACQUE
El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus „ 0.50
WILLIAMS MORRIS
Noticias de ninguna parte „ 1.—
ELISEO RECLUS
A mi hermano el campesino . . \$ 0.10
La anarquía y la iglesia „ 0.10
JUAN CRUSAO
Carta Gaucha. 6.º edición „ 0.10
D. A. DE SANTILLAN
La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10
AGUSTIN SOUCHY
La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30
S. RADOWITZKY
La voz de mi conciencia. — 16 páginas „ 0.10
VARIOS
Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.º, encuadernado en tela . . „ 2.—